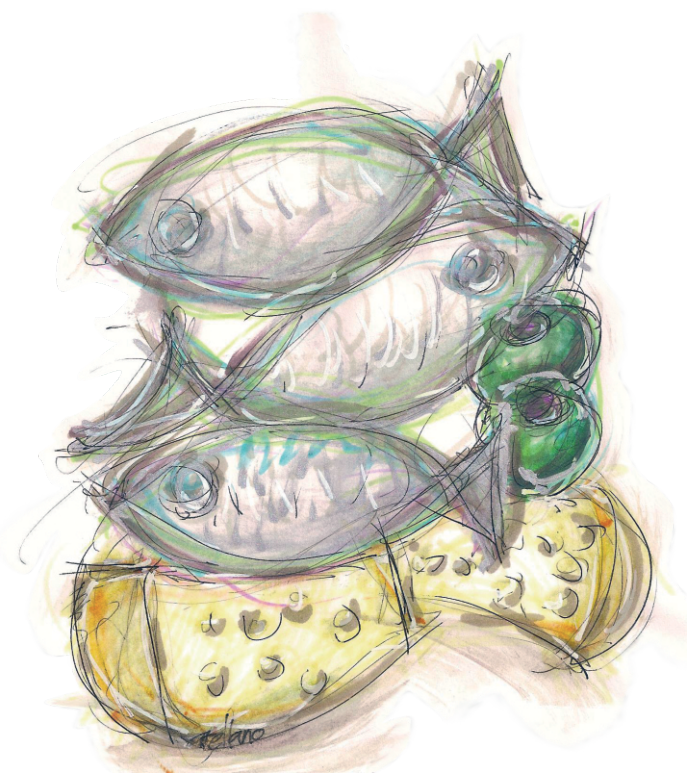


Ceremonias PRIVADAS

Hernán Toro



Colección Artes y Humanidades



Universidad
del Valle

Programa ditorial

Ceremonias PRIVADAS



Colección Artes y Humanidades

El libro de cuentos *Ceremonias privadas* es una exploración aguda y desencantada por los laberintos de la condición humana y, al mismo tiempo, una crítica mordaz y sutil contra los espejismos de la época, edificados bajo la idea ilusoria de que los paraísos son reales y alcanzables. Matizadas con finos toques de humor ácido, las historias, que conciernen a nuestras vidas más cotidianas y ordinarias, van avanzando, seductoras, bajo el impulso de un lenguaje caracterizado por una gran fuerza y una gran eficacia narrativa. Este libro revitaliza al cuento en tanto que es uno de los géneros más antiguos de la literatura y cuya vigencia hoy es innegable. Igualmente, en el contexto de la literatura colombiana, las ficciones de *Ceremonias privadas*, permiten el encuentro con mundos narrativos que imponen una variación dentro del repertorio de temáticas como la violencia, el sicariato, el desplazamiento o los dramas juveniles, asuntos en los cuales nuestros escritores suelen reiterarse. Por el contrario, cada cuento ofrece una mirada fresca e innovadora del mundo, con base en la tradición cuentista que sabe mirar el revés de la trama habitual que da cuenta del mundo.



Universidad
del Valle

Programa ditorial

Ceremonias PRIVADAS

Hernán Toro



Colección Artes y Humanidades

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: Ceremonias privadas

Autor: Hernán Toro

ISBN: 978-958-44-0894-5

ISBN-PDF: 978-958-5156-53-1

DOI: 10.25100/peu.426

Colección: Artes y Humanidades - Cuentos

Primera Edición Impresa marzo 2007

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Hernán Toro

Diseño de carátula: UVmedia

Ilustración de carátula: Carlos Arellano

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, octubre de 2020

CONTENIDO

EL PONTÍFICE EN SU REINO.....	7
LEPTOANCISTRUS MACARENENSIS	21
LA CANTANTE A CAPELLA	37
CORAZÓN LOCUAZ	47
EL PROVEEDOR DE ILUSIONES.....	59
DE GUSTIBUS	73
EL HOMBRE DEL QUINTO PISO	83
FANÁTICO DE CIRCO	93

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

EL PONTÍFICE EN SU REINO

Aún ahora, cuando el Pontífice no es más que un despojo mortal gigantesco esperando el momento de su sepultura, y todos estamos aquí aguardando que los encargados de los funerales ordenen la salida hacia el cementerio, recuerdo con precisión las circunstancias en que le conocí, hace casi treinta años, y evoco con igual o mayor fuerza el sentimiento que en ese entonces tuve de hallarme frente a un hombre proveniente de otra dimensión de la realidad. Yo apenas tenía siete años de edad, pero la impresión fue tan fuerte que con el tiempo se me convirtió en uno de los más vívidos recuerdos que jamás haya tenido. En aquel remoto día, en efecto, una de mis hermanas entró a la casa agitada y, con el corazón entrecortado en la mano, anunció a grito herido que el Pontífice acababa de llegar. En la casa se armó un alboroto general del que se destacaba mi madre dando órdenes perentorias de último segundo a mis tres hermanas para que medio hicieran presentable la modesta salita y trayendo ella misma a empujones desde la pieza matrimonial la anchísima poltrona en la que mi padre leía los periódicos, escuchaba la radio y hacía sus siestas intermitentes mientras hablaba sobre todo lo divino y lo humano que podía acontecer en el universo.

Parecía un zafarrancho de combate, un sálvese-quien-pueda, una estampida de guerra. Yo no entendía qué pasaba. Entonces, iluminado por las luces finales de la tarde, que le daban plenas en el rostro, hizo su entrada majestuosa el Pontífice: era un hombre monumental que para esa época, según lo supe después, ya pesaba los 185 kilos que habría de cargar establemente a lo largo de su vida contrariando todas las amonestaciones médicas y con los que habría de morir ya viejo casi treinta años después y que diez de los presentes en el funeral, contratados por mí a las volandas en un gesto de piedad alquilada, tendrían que cargar de las manijas del enorme ataúd que ahora reposaba en el piso de la funeraria porque todas las bases de metal habrían colapsado bajo su peso desmesurado si el féretro se hubiera colocado encima de ellas. El Pontífice entró a la casa arrastrando su corpachón enorme, exhibiendo su ancha sonrisa de príncipe medieval cruzándole ostentosamente el rostro en media luna, dos dientes de oro titilando como estrellas vivaces en el cielo de su boca y joyas diversas puestas y colgándole de todas partes del cuerpo brillando en la penumbra incipiente de la sala, dos ojos que miraban en direcciones divergentes y envuelto en un aire intensamente perfumado que invadió en instantes la atmósfera del lugar. El Pontífice saludó una a una a todas mis hermanas por su nombre propio y con tanta familiaridad como si las hubiera visto el día anterior, y las bonificó con una caricia de terciopelo en un cachete dispensada con el envés regordete de la palma de su mano, y a mi madre con un afectuoso *¡Clo, qué gusto verte, carajo!*, que era el apelativo cariñoso —"Clo"— para Clotilde con el que siempre la había saludado desde tiempos inmemoriales, desde que él y mi padre habían ganado incalculables sumas de dinero con la compra y venta de ganado en pie a las orillas del río Cauca, en el límite más meridional del Departamento, donde fueron amos y señores de extensas tierras hasta que la reforma agraria impulsada por uno de nuestros gobernantes los despojó de ellas y de paso los llevó a la ruina, de la que nunca mi padre

se pudo recuperar. Sólo después de haber hecho esa especie de *tournée* real, el Pontífice me miró, a mí, pobre espécimen unicelular estupefacto por causa de emociones tan vertiginosas e intensas en tan cortísimo tiempo y atónito ante la visión de una persona de contextura y porte extraterrestres, ensanchó aún más su ya extensa sonrisa, agachó con dificultad respiratoria su torso de gladiador, colocó una sola de sus manazas sobre mi cabeza, abarcándola en toda su periferia, y dijo, mientras me miraba como inspeccionándome con uno solo de sus horribles ojos extrávicos en tanto el otro apuntaba hacia el cielorraso :

—Este es el último de Fiquito.

No preguntó si yo era el último hijo de mi padre, Federico, a quien todos en la familia llamaban “Fico”, sino que lo afirmó rotundamente, como si se tratara de un decreto real, y ni siquiera esperó que alguien le confirmara su dictamen infalible y performativo para pedirle a “Clo”, mientras acomodaba por etapas su cuerpo de gigante en la poltrona de mi padre, *traeme un vaso grande con hielo*, pronunciado con fortísimo dejo regional, con el acento tónico en la “e” y no en la “a” de “traeme”, y a una de mis hermanas que comprara en la tienda de la esquina una botella de agua mineral *con mucho gas, hija*, y cuando todos sus requerimientos estaban en la mesita recatada de la sala extrajo de uno de los bolsillos de su saco una botella con un líquido del mismo color de los orines sanos de las bestias que vertió sobre los bloques de hielo (que crujieron y se estremecieron con un escalofrío como si hubieran entrado en contacto con un fuego líquido), agregó un chorro generoso del agua mineral burbujeante cuyo curso en cascada siguió de cerca, de perfil y con atención particular con uno de sus ojos bizcos, removió el vaso con vigor cinco o seis segundos, se lo llevó a la boca y se lo bebió todo sin un solo resuello. “¡Salud!”, dijo cuando lo acabó, mirando satisfecho el cristal en el que vibraban con vida propia

los hielos solitarios, y no tuvo ningún pudor en descargarse de un eructo potentísimo que recorrió todo el ámbito de la sala como una especie de trueno corporal. Fue entonces cuando fui testigo de dos hechos que no vacilo en llamar acontecimientos, y cuya impacto en mi vida personal ha sido tan grande que se mide por el simple hecho de que aún hoy en día los recuerdo con viva emoción: primero, el Pontífice comenzó a cambiar de color. Al entrar, yo me había sentido particularmente atraído por la palidez de su tez (que con los años supe que era rosada, muy parecida a la de los cerdos después de que ha sido quemado su pelamen, o a la carne de esa fruta exótica llamada “pomarro-sa”) porque los reflejos de la luz de la tarde le iluminaron y le aislaron el rostro como si fueran el chorro de un reflector de teatro; pero tras beberse el contenido del vaso, esa misma piel comenzó a volverse oscura sin que aparentemente mediara ninguna razón. No fue un proceso paulatino sino, sin llegar a ser automático, casi sin transiciones: de un momento a otro él se fue poniendo oscuro, como si fuera un camaleón humano. Era todavía más curioso darme cuenta de que nadie, ni siquiera él, parecía percatarse de semejante mutación tan evidente y extraña, pero supe, con el tiempo, que todos en mi casa estaban habituados a los repentinos cambios del color de su piel, una de sus características más corrientes y notorias, producida por los saltos emocionales que experimentaba. De otra parte, estando yo como estaba, sentado en el piso, pude ver casi de frente que llevaba unos zapatos extrañísimos, con bordes anchos y llenos de pequeños huequecillos que formaban dibujos como de flores y unas medias de colores intensos. Mientras él disertaba quejándose zalameramente del tiempo tan largo que había pasado desde su última visita y su permanencia por ese mismo lapso en los Llanos Orientales dedicado al negocio de las reses, *el único en el cual puedo ganarme algún dinerito*, y mostrando una cierta impaciencia por la tardanza de mi padre, *me muero de las ganas de verlo, ya hace como diez años que le perdí de*

vista, yo estaba fascinado observando los dos acontecimientos que se me ofrecían a la vista de manera privilegiada y cuya imagen habría de conservar incólume a lo largo de los años.

De aquel día memorable guardo además el recuerdo de la emoción sobrecogedora que embargó a mi padre y al Pontífice tan pronto se vieron y la imagen del abrazo escandaloso, casi libertino, que se dieron. Dos viejos compadres, cómplices de tantas cosas, que se reencontraban tras varios años de separación: ruidosas palmadas mutuas en la espalda, palabras alborozadas de parte y parte, alabanzas a lo bien que cada uno se veía, *qué sorpresa...* Mi padre, que no era bajito ni delgado, pareció sin embargo perderse en el abrazo de ese gigantón que lo envolvía en sus brazos ciclópeos, y de donde emergió comentando *a ver si me sirven un aguardientico en esta casa, caramba, esto hay que celebrarlo* mientras se frotaba ambas palmas de las manos con fruición anticipada y el Pontífice muerto de la risa como si le hubieran hecho cosquillas, paternal, *Hombre, Fiquito, hombre, Fiquito, nunca vas a aprender a tomar whisky, probalo, hombre, ¿ah, Clo?, échamele más hielito a esto, caramba, carajo, hija, pásame la botella, qué bueno sería ahora una carnita asada, ¿no, Clo?, andá comprate unos dos kilitos* y las mujeres de la casa revoloteaban a su alrededor atareadas en satisfacer sus deseos, que se repetían o cambiaban a velocidad vertiginosa, dando la impresión de que eran cosas que giraban enloquecidas en torno a ese ojo humano que era como el centro de un huracán. Yo, mientras tanto, ajeno a los intereses de todos, alternaba con curiosidad discreta mi mirada entre tantas cosas que me llamaban tanto la atención del Pontífice: su corpulencia sin igual, sus zapatos extraños, sus ojos extrávicos, los cambios de color de su piel; e impresionado igualmente porque cuando se producían los cambios de coloración, un olor distinto emanaba de su cuerpo, en ocasiones dulce, en otras punzante, en terceras ácido, y así sucesivamente, según la errática gama de sus sentimientos, y las oleadas de ese olor corporal se dispersaban por la sala como

empujadas por el vaivén de sus manos siempre en movimiento.

Desde la habitación a donde perentoriamente fui enviado a dormir, tras hacerme merecedor de su parte a una despedida consistente en un pellizco afectuoso en la mejilla y a una frase en la que resaltó mi parecido con “Fiquito”, *sos el vivo retrato de Fiquito, mijo, que Dios te dé larga vida*, yo seguía escuchando su voz estentórea puntuada de “carambas” y de “carajos” y de carcajadas estruendosas que hacían temblar los cristales de las ventanas y agitar levemente las cortinas, hasta que quedé dormido pero presa de un sueño inquieto y superficial. Esa noche soñé con los ojos descentrados del Pontífice, que me miraban como si fueran los ojos autónomos de una salamandra, y el mismo sueño se ha repetido a lo largo de los años cuando en las esquinas de la vida me encuentro hostilizado por circunstancias azarosas. No creo que esta noche, ahora que espero la partida de su féretro hacia el cementerio, vaya a ser la excepción.

Muchas otras características tuyas se me debieron haber pasado por alto en aquella oportunidad histórica pues yo no era entonces, como lo he dicho, más que un niño que apenas andaba en los siete años de edad (e inclusive muchas de las que he referido se encuentran pervertidas por la percepción del adulto que ahora soy), pero la vida me habría de ofrecer innumerables ocasiones para estar cerca de este hombre y conocer más en detalle aspectos diversos de su vida, de su personalidad y de su presentación personal, y, de paso, aumentar mis dudas y mis aprehensiones —y últimamente mis embriones de respuestas temerosas— en torno a nuestra relación pues nunca me dejé de parecer curioso el hecho de que yo no fuera objeto de su atención ni en aquella primera oportunidad ni en las muchas otras que se dieron a lo largo de los años, no obstante que era una persona ostensiblemente deferente con mi madre y mis hermanas, para no hablar de cómo era con mi padre. Es verdad que tanto al llegar como al partir me aplicaba una especie de torniquete afable en una mejilla, y siempre hacía un comentario

sobre el parecido entre mi padre y yo, pero mientras duraba su visita, el Pontífice jamás me dirigía la palabra ni me interpelaba siquiera visualmente. Eso era extraño, pero para mí carecía de significaciones hondas.

El Pontífice no era, por supuesto, un sacerdote; ese sobrenombre se lo habían puesto los amigos desde los años de su preadolescencia cuando ya su cuerpo anunciaba inequívocamente el aspecto que habría de tomar y que lo hacía semejante a esas figuras prototípicas de clérigos rotundas y redondas, doble papada y vientre prominente. Cuando se enteró de que le habían endilgado ese alias, lo tomó con buen humor y él mismo se encargó de difundirlo y legitimarlo pues le parecía que tenía resonancias enaltecedoras. Pero en casa jamás nadie se atrevió a llamarlo así en su presencia, quizás por respeto, quizás porque desde que comenzó a hacer negocios con mi padre, de quien era contemporáneo y amigo aún mucho antes de que se conociera —él, mi padre— con mi madre, todos sabían que el Pontífice venía de una familia de enorme riqueza patrimonial y, en consecuencia, como ocurre en la sociedad en que vivimos, símbolo de un cierto estatus de prestigio, de cuya vecindad presuntamente nosotros sacábamos partido. Todos en la casa lo trataban con una deferencia casi reverencial, salvo mi padre, para quien el Pontífice fue siempre su par, su cómplice, su compinche. Pero ni siquiera él lo llamaba por el apodo: acudía a un familiar “Juanfer”, mientras el resto, y luego yo incluido en este grupo, lo llamaba “Don Juan Fernando”. En su ausencia, sin embargo, todos acudíamos al apodo para nombrarlo.

Mi padre y él se habían conocido desde niños en la única escuela que había en el pequeño poblado donde ambos habían nacido. Era un pueblecito sin historia, intrascendente, sin futuro, como tantos que abundan en la parte alta del Río Cauca y en las estribaciones de las cordilleras andinas, y en el que los mayores y casi únicos sobresaltos eran consecuencia de las fuertes negociaciones de ganado que se efectuaban allí en virtud de un

accidente geográfico que favorecía la convergencia de caminos de distinta procedencia y el cruce fácil de bestias y personas entre las dos riberas del ya allí caudaloso río. Aunque la familia de mi padre y la del Pontífice eran social y económicamente muy distintas, la existencia de un único plantel estudiantil primario en el pueblo obligaba a la concurrencia común en él de todos los escolares sin importar su índole social. Fueron siempre entrañables amigos, hasta que el Pontífice partió hacia la capital de la provincia a terminar sus estudios de bachillerato, que en el pueblo sólo se dispensaban hasta el cuarto grado, y de allí a Londres a estudiar economía, destino obvio de los hijos de las familias adineradas del país, de donde regresó al cabo de un total de ocho años, vuelto ya un hombre y con hábitos extraños que la gente no comprendía pero que él practicaba sin importarle la opinión de nadie aunque sin atisbo de provocación. A su regreso reanudó su amistad con mi padre y se enamoró perdidamente de una de mis tías, hermana de mi madre, con quien finalmente se casó a pesar de la oposición enconada de sus padres, que como buenos provincianos le soñaban una mujer de la capital, pero para el orgullo de los miembros de mi familia, que vieron en esa unión la posibilidad poco ocultada de tocar el cielo con las manos. La desgracia le sobrevino al Pontífice en seguidilla: en un lapso inferior a dos meses, sus padres se ahogaron en un accidente imbécil al cruzar el río —ambos desbalancearon la canoa en que se transportaban al tratar de recuperar un paraguas que el viento les había arrebatado y cayeron al agua— y mi tía, su esposa, murió víctima de lo que entonces se llamaba “cólico miserere”, que no era otra cosa que una apendicitis transformada por desatención hospitalaria en peritonitis. El Pontífice, hijo único, heredó una fortuna exorbitante y asoció a mi padre a sus negocios, siempre brillantes pues poseía un capital de base enorme que facilitaba las transacciones ventajosas y cuyos beneficios compartió de entrada con mi padre a pesar de que el capital era enteramente suyo, tal vez en obediencia a la pureza

de su generosidad, pensaba yo, o quizás en homenaje callado a la memoria de su mujer, quién sabe. Todo funcionó muy bien en el curso de los primeros años. Pero el whisky, que era una de las costumbres importadas de Inglaterra y que él bebía día y noche, más el dolor provocado por la muerte de sus seres más próximos, que nunca pudo asimilar, fueron minando por acumulación su interés por la vida y por los negocios hasta que mi padre, que intuyó de qué parte venía el viento de la catástrofe, no encontró mejor manera de ayudar a preservar sus riquezas, y de paso las que él mismo había adquirido merced a la actitud noble del Pontífice, que invirtiendo en compra de tierras, *que por lo menos no se podían beber*, según decía mi padre, hasta que, en razón de una de esas volteretas imprevisibles que a veces da la historia, un gobierno populista, ascendido al poder por una pirueta inexplicable del destino, decretó una drástica reforma agraria en menos de lo que canta un gallo y repartió la mayor parte de las inmensas tierras entre los campesinos del lugar, y las que les fueron graciosamente respetadas fueron finalmente ocupadas por centenares de indígenas guambianos y paeces armados hasta los dientes y envalentonados por las medidas del gobierno, y alegando que ellos eran los verdaderos propietarios ya que siglos atrás habían sido despojados de esas mismas tierras por los españoles. Hasta razón tenían. Mi padre, que entretanto hacía ya bastante se había casado con mi madre, y el Pontífice, arrinconados por las decisiones gubernamentales y decepcionados por la ruina en la que se encontraron de un momento a otro, no tuvieron otro camino que desplazarse hacia la capital provincial, la ciudad en la que el Pontífice había terminado su bachillerato y en donde me encuentro hoy en día junto a los deudos de ficción a la espera de que los oficiantes de la muerte den la señal de salida hacia el cementerio y todos mis dolientes contratados se echen encima este muerto al hombro y entre todos lo depositemos en su nicho final y yo deba entonces ir inevitablemente hasta su casa y enfrentarme a lo que

quizás no deba. Mi padre, por supuesto, siguió siendo pobre y sobreaguaba gracias al ejercicio ocasional de oficios menores, pero el Pontífice, que tenía un sentido agudo de los negocios y un dominio excepcional de la palabra y de las circunstancias gracias a su formación intelectual, rehizo una cierta fortuna siempre en la compra y venta de reses, no de la dimensión que alguna vez alcanzó a tener, pero sí lo suficientemente grande como para disfrutar de comodidades, entre las cuales el whisky era un irrenunciable producto de primera necesidad. Hacía ya dos años que el Pontífice se había ido para los Llanos Orientales cuando nací yo, según las cuentas hechas por mis padres. Pero ya antes, e inclusive cuando él todavía vivía en la ciudad, habían nacido mis hermanas y durante todos esos años el Pontífice, según me contaban mis hermanas, siguió visitando con regularidad mi casa, donde mi padre interrumpía todo lo que estuviera haciendo para embarcarse con él en conversaciones fraternales larguísimas, rociadas con whisky para el Pontífice y con aguardiente nacional para él, y mi madre, que participaba de cuerpo pero poco hablaba, se esmeraba asistida por mis hermanas en atenderlo lo mejor que podía, medio intimidada, medio orgullosa de poder servir a una persona de semejantes kilates sociales. Aunque hoy mismo, mientras observo el cajón mortuorio del Pontífice, se me confunden las motivaciones.

Lo conocí, pues, a su retorno de los Llanos Orientales, y desde entonces lo encontré muchísimas veces, casi siempre en mi casa paterna. Provisto de una consciencia en aumento dado que iba creciendo, yo me encontraba en condiciones de reconocer cada vez más las particularidades del Pontífice y de entender progresivamente su comportamiento. Era, por ejemplo, un apasionado de las joyas. Lucía en casi todos los dedos anillos engastados en piedras preciosas, que debía cambiar con frecuencia porque siempre eran distintos, adornaba sus muñecas con sendas vistosas pulseras y de su cuello colgaba un collar en metal macizo rematado en una cruz atiborrada de brillantes

que bamboleaba entre sus pectorales de grasa. Su pasión por los metales preciosos lo llevó a cometer en su juventud la locura de hacerse reemplazar, sin ninguna necesidad, dos dientes naturales por dos de oro, historia que mi madre me contaba muerta de la risa, y ya en la vejez, cuando estaba próximo a morir, a contemplar una locura mayor: el anacronismo vanguardista de hacerse colgar un arete con un diamante en una oreja, en una época en la que sólo se atrevían a semejante provocación los travestis cuya foto salía publicada en los periódicos que llegaban de la capital. Es probable que no lo haya hecho porque con los años se volvió tacaño, y todo gasto que no fuera en su whisky lo consideraba suntuario. Pero le dio vueltas a la idea una y otra vez, y al final renunció argumentando no sé qué desatino para un hombre de su edad.

Nunca me preocupó no haber sido objeto de su atención mientras mi padre vivió. El sólo se fijaba en mí en los momentos en que, como lo he dicho, llegaba o se despedía y yo me hacía merecedor a un pellizco de cariño en una mejilla y a una frase en la que siempre incluía alguna referencia al parecido que yo tenía con mi padre –parecido que, por lo demás, nunca me lució tan evidente. No sólo no me preocupaba sino que lo encontraba favorable, en la medida en que, fuera del campo de sus atenciones, yo me hallaba en libertad para observarlo e ir registrando mis impresiones. En el fondo, sin embargo, éstas no variaban mucho: llegaba siempre sin anunciarse a horas en que era seguro que mi padre estuviera y, después de los saludos, en los que no ahorra palabras dulces para el oído de cada cual, salvo para mí, por supuesto, arrancaba con sus exigencias y pedidos, *dame, Clo, unos hielitos, qué bueno nos vendrían ahora unos pataconcitos fritos*, mientras sus ojos desparramados iban con independencia mutua de un lado a otro sin yo saber nunca con precisión hacia dónde miraba ni con cuál exactamente era que miraba y su cuerpo se instalaba con lentitud en la poltrona, *ah, Fico, hombre, dejó de beber ese veneno y tomó cosas civilizadas*,

y mi padre negándose con bonhomía y, al contrario, elogiando las virtudes del licor anisado, *a ver, ¿ya vienen esos pataconci-tos, Clo? ¡Ah, esto sí es licor, qué calidad! Muchachas, vayan a ayudarlo a su mamá* empujando a mis hermanas con gestos de la mano como si espantara gallinas y riendo a carcajadas, siempre riendo a carcajadas para la alarma de los turpiales que mi madre tenía enjaulados en el patio y que perdían el sueño el día que el Pontífice visitaba la casa, *Qué bien, Clo, cómo lucen estos patacones, hágale Fiquito*, y agarraba con sus manos enormes cantidades de pequeñas tostaditas fritas de plátano verde que echaba en su boca con un gesto seco hacia atrás de su cabeza y que pasaba con tragos largos de whisky, *Fiquito, hoy estaríamos llenos de plata si esos vergajos del gobierno no nos hubieran quitado las tierras*, y pasaba de nuevo la mano sobre la mesa para agarrar una manotada de tostaditas, *pongan un poco de música, muchachas, esto parece un velorio*, y el chorro sonoro del agua mineral diluyendo el licor, *cómo estamos de carne hoy, Clo. ¿Hay que mandar a comprar? Muchachas, vayan a la carnicería y pidan, que lo anoten en mi cuenta*, y yo notaba que nunca me dirigía la palabra ni me miraba, así yo no supiera a quién ni a dónde miraban sus ojos.

Yo lo fui viendo envejecer junto a la amistad incondicional de mi padre, que también envejecía, por supuesto, y las atenciones solícitas de mi madre, hasta que ésta murió hace algunos años, y de mis hermanas, hasta que se casaron y se fueron de esta ciudad a hacer su vida de mujeres adultas. El y mi padre seguían viéndose con alguna frecuencia, cada vez más distante sin embargo, siempre compartiendo las mismas historias y recuerdos, en los que el odio al gobierno que les había quitado las tierras ocupaba el primer plano, siempre los mismos whiskies, aunque cada vez más lentos, y siempre los mismos aguardientes, cada vez más espaciados. Con el tiempo, el tono de su voz se fue apagando, aunque jamás renunció a los “carajos” y a los “carambas” que condimentaban sus frases, y se volvió más reflexivo y menos

locuaz. Había ocasiones en que lo veía con las manos cruzadas atrás mirando por largos minutos el cielo entrevisto en el marco del patio de la casa para volver de allí a la silla en que habitualmente se sentaba a contarle a mi padre presagios que él leía en el vuelo concéntrico de los gallinazos o en el veloz cruce de las golondrinas. Nunca pareció bajar de peso, y a medida que transcurrían los años respiraba con mayor dificultad y se le hacía más difícil caminar, por lo que casi todo el tiempo lo pasaba en la poltrona, con el vaso de whisky en la mano y comiendo trozos de carne frita que, en ausencia de mi madre y de mis hermanas, ordenaba preparar donde alguna vecina. Ni mi padre ni él trabajaban ya porque la edad avanzada se los impedía. Supongo que el Pontífice vivía de los rendimientos financieros del dinero que en su previsibilidad de hombre de negocios había logrado ahorrar, mientras que mi padre dependía de lo que mis hermanas enviaban con santa regularidad, y que yo aceptaba para que no se sintieran mal, y de los ingresos resultantes de mis exitosos negocios ganaderos. Pero ni aún en esa época otoñal, en la cual yo ya era un adulto plenamente formado, el Pontífice se dignaba a adelantar conmigo una conversación extensa.

La muerte de mi padre fue para él devastadora. En realidad, fue su único amigo durante toda su vida, tan cercano y tan confidencial que llegué en alguna ocasión a pensar ¡Dios me lo perdone! que algún trasfondo homosexual vergonzante los unía. En verdad, como ocurre con más frecuencia de la pensada, la muerte prematura de su mujer le destruyó su estructura afectiva y le hizo perder toda confianza en las relaciones matrimoniales, y en adelante no pareció que la vida en pareja hiciera parte de sus prioridades existenciales, no obstante que en algunas ocasiones flirteó con muchachas, siempre mucho más jóvenes que él, obnubiladas por su porte de aristócrata, y de las que se desengañaba pronto argumentando que corrían detrás de su fortuna y no de su amor. Tal vez en el fondo era un romántico equivocado de siglo, de país y de gente.

“Nunca me preocupó no haber sido objeto de su atención mientras mi padre vivió”, dije hace un momento. Pero quizás valga la pena referir que tras la muerte de mi padre hace menos de un año, el Pontífice comenzó a invitarme a su casa con cierta asiduidad que yo rechazaba porque tuve el sentimiento de que quería de mí una especie de sucedáneo del papel afectivo que había jugado mi padre. En las dos o tres ocasiones en que condescendí a ir a su casa —al morir mi padre y al quedar sólo yo habitando la mía, nunca volvió de visita— parecía concentrarse en los fulgores del vaso de whisky y en la condensación del aire en sus paredes y sólo eventualmente me conversaba, siempre sobre hechos antiguos y bajo supuestos que yo desconocía. Mis inquietudes, cuyas respuestas borrosas están cada vez más cargadas de un fuerte malestar en aumento, comenzaron a aflorar en su forma incipiente, que todavía conservan, el día en que me dijo, en el curso de una visita particularmente silenciosa y después de haberlo visto sumido en una reflexión ensimismada, que todo lo que tenía era para mí. Lo dijo extendiendo en círculo sus brazos gigantescos sobre el entorno de toda la casa, sin mayor entusiasmo, apenas como una conclusión obvia. Yo no respondí nada, aunque estuve tentado a preguntarle por qué, y sólo alcancé a hilvanar un temeroso “Gracias, don Juan Fernando” que él rechazó con un gesto de la mano entre displicente y triste diciendo *llamame Juan Fernando no más*, siempre con ese acento regional tan fuerte que jamás perdió. Desde entonces nunca volví, aunque en más de una ocasión quise hacerlo para preguntarle por qué razón quería dejarme todo al morir, que fue como entendí su frase. En realidad, sí volví una vez: anoche, cuando un vecino me avisó alarmado que había escuchado quejidos provenientes de la casa del Pontífice, “como cuando gritan

LEPTOANCISTRUS MACARENENSIS

Las primeras versiones de su existencia (de su inverosímil existencia, de su imposible existencia) me llegaron a través de los comerciantes que recorren con sus mercancías las escasas y perdidas poblaciones situadas entre los esteros, los meandros y las corrientes desahoradas de los grandes ríos que cruzan las enormes extensiones de las selvas de mi país. Soy un taxonomista atrapado para su placer por la doble cerradura del encanto indescifrable de esa selva y de la pasión por su trabajo. Cuando escuché la mención acerca de aquel brillo tan singular de sus escamas, de manera vaga creí recordar, sobresaltado en el instante mismo a pesar de lo brumoso de mi evocación, la imagen de un animal extinguido vista en uno de los libros que con alguna regularidad frecuente. Recuerdo que al ver aquella imagen había quedado sorprendido por el centelleo irreal que el dibujante hacía refulgir de las escamas —de varios colores, engeguedor sin duda frente al animal vivo, distinto—; su persistencia en mi memoria debía obedecer a la singularidad de ese detalle, acreditada en mi espíritu más a la creatividad del dibujante que a la supuesta existencia objetiva de un ser tan *sui generis*. El hombre que profirió la versión no agregó nada

particular, y hasta no parecía significarle nada excepcional pues la alusión se encontraba sumergida entre innumerables comentarios que tematizaban la fiebre amarilla, la codicia de los hombres, la muerte violenta y las hazañas eróticas con prostitutas indígenas. En verdad, pasado el primer momento de turbación, tampoco le conferí mayor importancia a lo escuchado: yo ya estaba curtido y curado de oír todo tipo de informaciones que, de haber creído en ellas, me habrían servido para demostrar cualquier hipótesis y su contraria. Por lo demás, y no es poco, los comerciantes de esta zona del país tienen una tendencia muy marcada a la fabulación, resultado de la convergencia de sus afiladas argucias de venta y del entorno mágico por el que deben desplazarse. Volví entonces al refugio sagrado de mi trabajo, y durante semanas olvidé el hecho, concentrado como estaba en dibujar algunos pájaros disecados que me habían sido proporcionados por un indígena.

Yo estaba inmerso en aquella labor cuando me llegó la carta de un colega interesado en asuntos concomitantes a la investigación que adelantaba. Quizás convenga decir ahora que desde muchos meses atrás había trabado amistad con el piloto de un bimotor que cada quince días llevaba alimentos, periódicos, correspondencia y algunos pedidos especiales hasta la pequeña población que me sirve de base de operaciones. Dicho sea de paso, yo aprovechaba su llegada para reservarme algunas horas de conversación con alguien medianamente enterado de la situación social y ponerme al día de los acontecimientos que estaban destruyendo al país y cuyo salvajismo de alguna manera había incidido en mi repliegue investigativo. El piloto me entregó la carta junto al dinero que la Fundación para la cual trabajo me envía regularmente. Debí hacer un esfuerzo memorístico intenso para identificar al colega que me escribía; creí saber, al fin de cuentas, que era alguien mucho más joven que yo, y supe que estaba interesado en adelantar, quizás a instancias de su optimismo juvenil, un proyecto gigantesco para cuyo “éxito” requería

de mi parte algunos datos sobre aspectos en los que yo era supuestamente experto pero que, en realidad, había abandonado en provecho de mis pasiones exclusivamente clasificatorias. De inmediato le respondí unas líneas breves tratando de disuadirlo de su idea sobre la importancia que acreditaba a mi esperado aporte y refiriéndole muy sucintamente cuál era en ese momento el centro exclusivo de mis intereses. Al entregarle la carta a mi amigo el piloto, comprendí de inmediato qué tan vanas serían mis recomendaciones pues los sueños de la gente joven padecen de irrealismo. Lo sé, tengo pruebas en carne propia.

A veces los hechos se trastocan en la memoria o son trastocados por ésta dada su naturaleza creativa: al escribir las notas que ahora hago públicas, no recuerdo con exactitud si primero me llegó un libro con grabados que mi colega me enviaba a manera de reacción a mi carta, y sólo luego escuché por boca de un segundo comerciante nuevas informaciones sobre el animal, o si los dos hechos ocurrieron a la inversa. Como sea, en ese orden los presentaré. Quince días después de haberle respondido al colega, el piloto me trajo de vuelta un paquete suyo en el que junto a una carta corta y, para mi sorpresa, comprensiva de mi actitud, se encontraba como regalo un libro de grabados antiguos en los que figuraba, entre muchos otros, el animal de las escamas brillantes¹. El pie de la ilustración se limitaba a transcribir su nombre científico —*Leptoancistrus Macarenensis*, sin duda en homenaje a Lorenço Ripoll Macarena, el destacado taxonomista catalán de comienzos del siglo XX, que ardió en el fuego final lanceado por indígenas en el Bajo Orinoco— y a añadir que se trataba de una especie extinguida. Simultáneamente (admito este adverbio para rebajar mis dudas cronológicas) escuché a uno de los vendedores itinerantes contar acerca de las virtudes sagradas de la carne de un animal que habitaba en uno de los

¹ MOISSON, Théophile. BESTIAIRE DE L'ORINOQUE. Éditions Charles Furne, Paris, 1921.

tantos confines de este mundo selvático, según las cuales quienes la consumían entraban en trances místicos —particularidad que, en su momento, según creía recordar de mi libro, también había retenido mi atención pues tales atributos mediadores son reconocidos a las plantas pero no a los animales, o al menos no a su carne—. La concurrencia de estos dos hechos, asociada a la referencia de semanas atrás a las escamas brillantes del animal, me produjeron una honda emoción pues, de ser ciertas todas estas referencias, se ponía en entredicho la versión oficializada que lo daba por desaparecido. Ignoro cuál pueda ser la formación de mis nebulosos lectores, pero cuánto agradecería que entendieran que semejante hecho, para un taxonomista, representa una verdadera conmoción intelectual.

Entonces acudí a mi pequeña biblioteca pensando consultar el libro de grabados en el que creía haber visto la imagen del animal cuando escuché la alusión a sus escamas deslumbrantes. Traté de identificar el título en el lomo de los libros a través del plástico con el que los protejo, casi vanamente, de la humedad. Con impaciencia hojeé el ejemplar —se trataba de la hermosísima y muy codiciada edición de ese clásico editorial titulado *Extinguished Vertebrates in South America*²— hasta encontrar la lámina (página 43) en la que se presentaba el animal. Su figura era muy parecida al grabado contenido en el libro que me había enviado mi colega, y, salvo una pequeña diferencia ortográfica —decía *Leptoancystrus* en lugar de *Leptoancistrus*—, confirmaba su nombre. El último testimonio documentado de su existencia, según una glosa contenida en el libro de mi biblioteca, lo había dado el venerable científico español Miguel Cardozo Caballero, cuya formación multidisciplinaria de inspiración medieval le había permitido no sólo describirlo y dibujarlo sino también recoger sin la contaminación de los prejuicios las creencias

² STERN, Maimónides. EXTINGUISHED VERTEBRATES IN SOUTH AMERICA. Funk & Wagnalls Company. New York, 1931.

fuertemente expandidas entre los nativos acerca de sus poderes para facilitar el contacto entre los shamanes y las fuerzas superiores del universo. En realidad no decía mucho más, pero sus afirmaciones, viniendo de quien venían, me bastaban para abrir un paréntesis de crédito a la autenticidad de lo dicho por los dos comerciantes. Tras la lectura febril de todos estos documentos, era entonces apenas normal que las dudas sobre la veracidad de la desaparición del *Leptoancistrus Macarenensis* comenzaran a corroer mi espíritu. Yo ya había tenido experiencias, no tan trascendentales como la que se estaba perfilando, es cierto, en las que el respeto hacia mis predecesores, cuyas afirmaciones se encontraban sin duda respaldadas en hechos indiscutibles y comprobados, chocaba frontalmente contra la testarudez de la realidad. En tales circunstancias, mi corazón se inclinaba sin vacilar hacia la limpieza categórica del hecho, por más que mi elección me produjera una fuerte herida afectiva al obligarme a romper simbólicamente con mis antecesores. Esta ocasión no podría llevarme a adoptar una actitud distinta: trataría de comprobar por mis propios medios la validez de las aseveraciones hasta el momento dispersas, fragmentadas y precarias que daban por vivo al *Leptoancistrus Macarenensis*. Sólo que era muy improbable encontrar a las dos personas responsables de ellas y que me podrían haber dado las orientaciones iniciales, la primera porque ni siquiera había conocido su rostro —la conversación la había escuchado a mis espaldas en uno de los restaurantes del pueblo—, la segunda porque entendía que, después de nuestra conversación, había partido casi de inmediato. Rotas todas las conexiones que me habrían permitido explorar la hipótesis de un *Leptoancistrus Macarenensis* vivo, no me quedaba más que esperar el regreso del segundo comerciante quién sabe cuántas semanas (e incluso meses) después, y, mientras tanto, examinar toda la literatura disponible con el propósito de encontrar datos relativos al animal.

Me concentré, pues, en los pocos textos disponibles en mi

biblioteca de fortuna, y pude saber entonces, al cabo de una semana de estudio agitado, que los restos finales más antiguos lo ubicaban ciento veinte millones de años atrás, en el período Cretáceo Inferior, y su hábitat se extendía en el norte desde las costas que bordean el Atlántico hasta las llanuras al sur que trazan el límite norte de la Amazonía. Su supuesta extinción había sido provocada por una especie de suicidio colectivo pues, como lo presumía Cardozo Caballero a partir de una homología con el comportamiento de algunos roedores, que autolimitan o suprimen su procreación ante dificultades de sobrevivencia mayores, el *Leptoancistrus*, así como otras especies, podría haber decidido no multiplicarse más como consecuencia de la violenta contaminación de las aguas de su entorno —Cardozo no identifica la fuente de esa contaminación pero, lo suponemos hoy en día con probabilidades de acierto, pudo haber sido el crudo de petróleo, letal para las algas (componente básico de su alimentación), producto que abunda en las tierras por donde extendía su imperio el *Leptoancistrus*—. Wade Davis no hacía ninguna referencia (lo que era previsible dado su interés básicamente botánico). Las notas de las clases que me dictó Isidoro Cabrera, tan útiles en otras circunstancias por el enriquecedor cruce de informaciones provenientes de diversas disciplinas, tampoco me revelaron ningún dato. En realidad, todas las referencias que pude encontrar, que no fueron muchas, hablaban del *Leptoancistrus* desde un punto de vista exclusivamente descriptivo, salvo, como ya lo he dicho, la breve mención consignada por Cardozo Caballero acerca de la función de su carne en los trances shamánicos. Quizás, me dije sin mayores esperanzas dadas las circunstancias en que me encontraba, un examen bibliográfico más documentado me permitiría hallar informaciones más ricas y relevantes.

Yo no creo en la fatalidad de los acontecimientos, pero pienso que hay ocasiones en que la vida arregla de tal forma el acaecimiento de ciertos hechos que uno está tentado a aceptar

que algo así como un destino rige su ocurrencia. Al terminar de revisar la poca literatura disponible acerca del *Leptoancistrus Macarenensis*, sabía que la única posibilidad de cualificar mi acercamiento a este animal legendario radicaba en el encuentro con el segundo de los comerciantes, cuyo retorno era en verdad impredecible, e inclusive hasta meramente hipotético. Sólo pensar que podía morir durante su viaje —posibilidad que no se debe considerar remota en estos lugares: las enfermedades, los rencores, los celos, la locura, los robos son razones que abundan— me producía un gran escalofrío. A los taxonomistas nos son dadas muy pocas oportunidades de provocar un vuelco en las líneas de saber establecidas: una de ellas, una entre dos o tres, consiste en reseñar la existencia de una especie que hubiese sido declarada extinguida. Es como si, de manera simbólica, la existencia proclamara su derecho a continuar en contra de los designios de la destrucción, y que el afortunado científico que produjera ese rescate fuera el portaestandarte de una batalla finisecular en la que la vida triunfa sobre la muerte. Tal era el favor divino que sentía escapar ante la incertidumbre sobre la vuelta de este comerciante. Habiendo transcurrido sólo unos diez días desde su partida, su retorno, si es que habría de producirse, se daría en dos o tres meses más en el mejor de los casos.

Pero he aquí que, como en una aparición providencial, lo vi acercarse hacia mí. En un comienzo creí que se trataba de un fantasma pues no sólo tenía la certeza de que había viajado sino que él mismo tenía algo irreconocible, como si hubiese sido objeto de una profunda transformación en un brevísimo lapso. Estaba muy delgado, con una barba descuidada, con un aspecto de desmejora física brutal, la mirada encendida tras unas cuencas oscuras y profundas. Vacilé al cruzarme con él, tanto era su cambio, pero él mismo me saludó, lo que despejó mis dudas momentáneas.

—Sí, soy yo, el mismo Roberto Pinzón.

Ante mi evidente desconcierto por su estado, de manera rápida me explicó que había sido internado en el pequeño centro médico de la población la noche del mismo día en que habíamos hablado y que se había despedido. Había caído enfermo por el ataque fulminante de una bacteria cuyo nombre pronunció mal pero que yo colegí como el estafiloco dorado, cuya agresividad es, como se sabe, temible y devastadora; en ese momento apenas acababa de salir del dispensario. Debía convalecer al menos por tres semanas, y ante mi pregunta sobre el lugar donde lo haría, me señaló con el mentón barbado una de las barracas apestosas que fungen en esta población de albergues. No sé si buscando de manera inconsciente su ayuda en la búsqueda del *Leptoancistrus Macarenensis*, le ofrecí mi casa durante el tiempo de su recuperación. Un poco intimidado, quizás rebasado por la dignidad de mi trabajo, Roberto Pinzón bajó la cabeza y, sin palabras, sabiendo que mi oferta era casi milagrosa, me dijo que sí.

Cuando se hubo restablecido un poco, le planteé abiertamente la posibilidad de que me guiara hasta la región donde había escuchado la versión sobre los poderes sagrados del animal. Me dijo que no tenía problema pero que no podía hacerlo hasta no terminar su recuperación, la que, como me lo había dicho, podía tomar, ya en ese momento, unas dos semanas más. Rendido ante la tozudez de la realidad, acepté ese plazo inmodificable que, en mi corazón, parecía de siglos.

Sin embargo, el viaje no lo iniciamos sino como seis semanas después, no porque su convalecencia hubiera tardado más de lo previsto sino porque debí viajar de urgencia a la capital al enterarme del estado agónico en que se encontraba un ser para mí muy querido. Durante mi permanencia en esa ciudad, en la que no había estado desde tres años atrás, visité, acompañé y reconforté en su infortunio fatal al ser querido moribundo, y aproveché las circunstancias para examinar documentos en

varias de las grandes bibliotecas que hay allí, revisar el avance de mi proyecto de investigación con el organismo que me patrocinaba, y sostener conversaciones con otros científicos (entre los cuales se encontraba, cómo no, entusiasta, el colega que me había contactado semanas antes). Por pura casualidad, también, me crucé con el biólogo Germán Bolívar, profesor de la Universidad del Valle —una universidad de provincia de su país, Colombia—, antiguo amigo de juventud, quien me miró con lástima y sonrió condescendiente cuando le hablé de los poderes trascendentales de la carne del *Leptoancistrus*. Descreído como siempre lo había sido —rasgo que siempre aprecié en él—, me preguntó con cierto dejo irónico si alguna vez yo no había pensado en la posibilidad de que la carne hubiese sido impregnada con sustancias de alguna planta alucinógena y que el trance, en consecuencia, se produjera no por los poderes de la carne sino por el efecto de las sustancias. Ante mi sorpresa, pues su argumento, aunque inconveniente, me pareció sólido, agregó para apretar un poco más la cuerda en el cuello:

—Es como los pasteles a los cuales se les agregaba marihuana en ripio.

Noté que no tenía piedad, pero tuvo la benevolencia de reír con picardía y complicidad, y yo también reí.

También empleé mi tiempo en la consulta de algunas páginas *web* —actividad imposible en el recóndito hueco selvático donde vivía— y en el sostenimiento de una correspondencia por correo electrónico con varios científicos, entre los cuales quiero destacar a Wade Davis por la autoridad simbólica que

³ DAVIS, Wade. EL RÍO. Banco de la República y El Áncora Editores, Bogotá, 2001.

⁴ Para quienes tengan interés en contactar a Wade Davis, su correo electrónico, con su autorización, es: wadavis@national.geographic.com

representa, quien me aseguró que durante uno de sus viajes, en los que recogió la información que luego habría de convertirse en “El Río”³, tuvo algunos indicios sobre la existencia de un pez con atributos semejantes a los que yo había escuchado a propósito del *Leptoancistrus Macarenensis* pero que no había hecho ninguna mención en su texto canónico porque estaba centrado estrictamente en las plantas alucinógenas (“I did not mention it as my interest was strictly botanical —specially allucinogenus plants—”) ⁴.

En términos generales, mi presencia en la capital fue provechosa, aunque en realidad no logré diversificar en mucho la información básica de la que ya disponía cuando todavía me encontraba en el pueblo selvático, aunque el hecho de confirmar los pocos datos disponibles me daba confianza en la corrección del procedimiento metodológico que estaba siguiendo. Mi estadía, prevista inicialmente por quince días (habría querido planificarla para una duración inclusive menor, pero se hallaba determinada por la frecuencia de vuelo del bimotor), terminó convertida en un mes por causa de la multiplicidad de tareas que debí adelantar, tiempo después del cual regresé a mi centro de estudios y rehice de inmediato el contacto con un saludable Roberto Pinzón, ávido de emprender el viaje prometido.

Convine pagarle honorarios con el fin de que se dedicara por entero a los intereses que me animaban y me condujera hasta el lugar donde había escuchado las informaciones. Tras conseguir los recursos mínimos que habríamos de requerir para una excursión que no podría durar menos de un mes, partimos finalmente al amanecer de un día lunes en una lancha de motor. Durante cerca de once días navegamos por corrientes vertiginosas, por caños y esteros acosados por los mosquitos y las serpientes, fatigados y confundidos por soles sofocantes y por aguaceros bíblicos inconcebibles, comiendo de nuestras provisiones enlatadas y de uno que otro animal de caza, avanzando por algunos trechos con nuestra embarcación a hombros

para no encallar o para no romperla en los rápidos, durmiendo en nuestras diminutas carpas y pactando, con abyectos comercios, nuestro avance con grupos indígenas hostiles. La variable geografía, dictada por el capricho imprevisible de las corrientes de los ríos en la temporada de lluvias, volvía irreconocible las referencias memorizadas por mi guía en viajes anteriores. Sin embargo, al final de esos días tenaces, llegamos a un pueblito miserable ubicado a orillas de un río tormentoso de color ladrillo. Claro que recordaban a Roberto Pinzón, pero se decepcionaron al saber que no llevaba mercancía alguna.

En la misma noche de nuestra llegada hicimos contacto con el hombre que meses antes le había referido a Roberto Pinzón las virtudes de la carne del animal. No dejó de parecerle curioso que hubiésemos hecho un viaje tan tortuoso sólo para conocer una “bestia” —así lo llamó—, y bajo el brillo cambiante de la luz de la lámpara *Coleman* pude avistar en su mirada un fulgor de desconfianza. No para desanimarnos sino como una constatación, nos advirtió que tampoco era frecuente encontrar su carne, y que, de todas formas, debíamos esperar hasta el domingo, que era el día de mercado, para conocerlo en la plaza, donde era probable que fueran a venderlo recién sacrificado.

—¿Y para conocerlo vivo? —aventuré con cierta timidez.

—Pues puede hablarlo con los que lo venden muerto —me respondió con un sentido irreprochable de la lógica.

Durante los tres o cuatro días de espera que nos quedaban nos dedicamos a hablar con la gente de la población, y de todos ellos recibimos la confirmación de los datos ampliados que había logrado recopilar acerca del animal —datos que, de todas formas, variaban apenas en detalles irrelevantes lo poco que ya conocíamos—. El sábado en la noche participamos de una reunión en la que hubo comida en exceso —iguana cocinada al calor del lomo de piedras ardientes, sazonada con especies

picantísimas, fue el plato principal— y algo de alcohol local, y tanto a Roberto Pinzón como a mí se nos fueron las manos en la cantidad de tragos, por lo que el domingo, al despertar, nos dimos cuenta de que la mañana estaba muy avanzada, y sentí entonces correr por entre mi cuerpo un viento de pánico ante la posibilidad de que los carniceros hubieran vendido ya toda la carne pues los mercados en tales lugares, como es corriente, comienzan antes del amanecer y terminan pronto en la mañana.

Al llegar a la plaza, en efecto, el mercado ya casi estaba terminado. Los puestos de frutas y verduras, las ventas de gallinas, cerdos y terneros vivos, el comercio de los plátanos y los tubérculos, los tenderetes de hilos, telas y pilas, las carnicerías tenían ya sus mostradores prácticamente desocupados, aunque la música —rancheras y vallenatos— continuaba llenando el ámbito de forma tan ruidosa que compensaba de alguna manera el vacío del espacio. Algunas personas deambulaban entre los mostradores de madera rústica como si buscaran objetos perdidos en el suelo, y los vendedores hablaban entre ellos a gritos para cubrir la distancia y superar el ruido. Al fondo, Roberto y yo alcanzamos a distinguir los puestos de carne: colgaban de los ganchos espinazos huesudos de res, bloques lánguidos de carne fibrosa, cabezas de cerdo sonrientes. Al acercarnos, distinguimos pescados de ojos vidriosos, pollos reposando en la flacidez de su eternidad ganada. Y más al fondo, tres o cuatro personas que, de manera curiosa, parecían estar más en una actitud de meditación callada que en una conversación grupal.

—Allí es —me advirtió Roberto.

Por un instante, mi corazón se detuvo como si se encontrara frente a un abismo profundo. Decir “allí es” era relativamente fácil, pero sólo yo sabía cuánto significaba semejante indicación. Me acerqué al puesto con la respiración entrecortada, pero en el mismo momento nos dimos cuenta de que nada había allí del

Leptoancistrus Macarenensis. “Esa carne está escasa”, fue el comentario lacónico del dueño del puesto. Entonces, sin transición alguna, le pregunté si podía llevarnos hasta algún sitio donde pudiéramos verlo vivo.

—Muy fácil— dijo. Yo tengo uno en mi casa. Lo estoy engordando.

Debimos esperar hasta las horas de la tarde para emprender el desplazamiento hasta su casa pues el carnicero no pudo renunciar a su costumbre semanal de pegarse una borrachera monumental. Casi en andas lo condujimos siguiendo las indicaciones que los habitantes nos iban dando en el propio camino. Al final, llegamos a una pequeña casa en las afueras del poblado, de donde salió una mujercita humilde y frágil, y sin decir casi palabra alguna nos lo recibió como si se tratara de un bulto a cuya manipulación ya estuviera acostumbrada. Mientras tanto yo inspeccionaba ansioso los alrededores con mi vista buscando algún indicio de la presencia del animal, pero, aparte de un perro flaco y de algunas gallinas que avanzaban en grupo picoteando, y la gritería desenfadada de una bandada de loros que cruzó el cielo de la tarde, no observé ningún otro indicio significativo de vida. Debimos esperar a que la mujer reapareciera, y entonces le dijimos a qué obedecía nuestra presencia allí. Nos hizo unas señas con los brazos indicándonos que fuéramos hasta la parte posterior de la casa. Con el corazón en la palma de mi mano me dirigí hasta el lugar indicado, y lo primero que vi, para mi sorpresa, fue a un grupo de niños que, silenciosos y en cuclillas, contemplaban un cuerpo brillante que se encontraba tendido dentro de un galpón rústico limitado por una alambrada de gallinero. Apenas sí nos miraron, pero noté que formaban una especie de círculo bastante distante de su centro, donde se encontraba tendido y durmiendo el animal que supuestamente estaba extinguido, el *Leptoancistrus Macarenensis*, como si temieran

acercarse más allá de un límite subentendido, tal como ocurre con los muertos ilustres. Su cuerpo cubierto de escamas de la cabeza a las patas reflejaba la moribunda luz del día, y su cabeza redonda y barbada parecía moverse gravemente en esa otra dimensión de la realidad que era el sueño. Una nube de moscas sobrevolaba zumbando su cuerpo, y algunas se posaban sobre las legañas de sus ojos y en las comisuras húmedas de sus labios protuberantes, pero él no daba muestras de sentirse perturbado por ello. Su respiración era lenta, y su corazón, palpitando de manera visible dentro de su pecho expuesto a nuestra mirada, latía unas cuatro o cinco veces por minuto. Sin aproximarme mucho vi las callosidades que se le formaban en la periferia de sus patas redondas, y el suave esponjarse de su cuerpo cuando tomaba aire. Me parecía increíble que ese animal allí tirado en un piso de tierra, sucio y encerrado en un mísero galpón para gallinas, fuera el mismo animal venerado como una deidad durante siglos por los miembros de sociedades antiguas, la mayoría de ellas probablemente desaparecidas. Comprobé que su aspecto correspondía al de los grabados, pero mis reflejos de investigador no obraron más allá de ese detalle pues sentí que era indigno y algo profano que me pusiera a corroborar hechos de orden taxonómico cuando me encontraba frente a un ser en cuya condición estaba facilitar el contacto entre los hombres y las fuerzas superiores de la naturaleza. Yo, que debía sentirme contento pues tenía frente a mí la prueba fehaciente y privilegiada de un hecho científico capital, fui, de improviso, invadido por una tristeza sin nombre: este animal no merecía la humillante suerte de estar encerrado en un corral de gallinas a la espera de engordar y ser sacrificado para su venta a pedazos. Pensé en los grandes príncipes de la historia que, derrotados por sus enemigos, son arrastrados al escarnio público, su cuerpo tasajeado y desmembrado, y sus partes exhibidas en distintos lugares del país de los derrotados. Pero este caso era todavía peor pues los príncipes son finalmente hombres, mientras que el

Leptoancistrus Macarenensis era una divinidad. Francamente, en ese momento quise no estar más allí pues no soportaba la idea de estar siendo testigo de un hecho indecente. Los niños seguían en una actitud semejante a la que adoptan los hombres cuando velan un cadáver. Uno de ellos se acercó con cautela, y con una rama, riendo con una risa corta, chuzó a la distancia el cuerpo del animal, pero éste apenas reaccionó con un movimiento leve, casi indiferente, casi arrogante. Los otros niños lo recriminaron por haberse acercado tanto, y él se rió con nerviosismo, como si no entendiera. Entonces se oyó la voz de la mujer, muy aguda, que gritaba desde una de las ventanas de la casa:

—¡Ni lo vayan a tocar! —advirtió con energía súbita, y con una fuerza desproporcionada frente a su constitución menuda.

Curiosamente, en ese momento el animal comenzó a despertar de un sueño que posiblemente transcurría en el tiempo. Inhaló aire profundamente, abrió los ojos y desparramó la mirada por los alrededores como si buscara algo. Levantó con pesadez su mole de carne e, incorporado, sin que pareciera haber

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LA CANTANTE A CAPELLA

Hubo una época en mi vida en la que tuve gran interés en el concepto del tiempo, sobre todo aplicado a la duración de los períodos de ensoñación, cuyo avance, contra toda lógica, parece darse de forma paralela a la de ese otro tiempo que, sólo por convención terminológica, concedo en llamar “real”: ¿el otro, por más que transcurra en los acontecimientos singulares que tienen lugar en la mente de los seres humanos, será por ello entonces menos real? Y aún más: ¿cuál es la materialidad, sustento de su supuesta realidad, de ese tiempo que pasa por fuera de los hombres? ¿No son ambos finalmente impalpables, abstracciones, puras construcciones conceptuales? En fin, no trato de revivir una discusión que, en lo que a mi concierne, carece hoy en día de toda importancia; pero sí quisiera recuperar algunos jirones de aquellas ideas para, más bien, tratar de explicar mi experiencia con la cantante *a capella*, ésa sí hoy en día esencial en mi vida.

Un tiempo de ensoñación y un tiempo real, pues. ¿Cómo describir, así sea de forma somera, la relación que se da entre ellos? Diré que sus líneas apenas se rozan con levedad en el punto de partida del primero pues la ensoñación nace de la realidad pero de inmediato se separa de ella, casi de la misma forma como

algunas aves de mar en cacería vuelan cerquísima y paralelas sobre el agua y, de pronto, con delicadeza y precisión, gracias a un giro virtuoso del cuello, tocan el agua y capturan con el pico algún pez de superficie dejando una huella que se borra de inmediato mientras su vuelo se levanta magistral contra el cielo. Ese punto de contacto de los dos tiempos es tan efímero que en ocasiones fui llevado a pensar que si ambos fuesen representados visualmente como dos líneas muy finas, éstas deberían ser perpendiculares (dando lugar así, dicho sea de paso, a ese extraordinario imposible de los tiempos perpendiculares). En otras ocasiones también me figuré esa unión instantánea como el contacto que se produce al pulsar una única cuerda de guitarra y cuyo sonido solitario se propaga hasta apagarse difuso en lontananza como si fuera una diminuta ave de luz volando en el brillo incandescente de una mañana enceguedora de verano.

En la época de la que hablo leí a los hombres que de manera más inteligente han trasegado por los meandros y laberintos del tiempo, y a pesar de la lucidez de estos seres delicados (leí a Hume, a Einstein, a Bachelard, a Borges, a Norbert Elias, que yo recuerde), no pude dilucidar los interrogantes que asediaban a mi mente. Años después —es decir, ahora, en el presente perplejo que habito—, fue mi pobre y terrenal experiencia con la cantante *a capella* la que me permitió entender —eso creo: que me perdonen los dioses— el complejísimo problema del tiempo de la ensoñación. Es verdad, como lo he dicho, que ya he perdido todo interés en el asunto del tiempo, pero lo acontecido con la cantante ha sido tan fuerte que no he podido impedirme dar un salto cronológico hacia atrás y confrontar la crudeza de estos hechos con las reflexiones que años atrás afiebraron mi espíritu, para concluir, ya sin pasión, que quizás mis intuiciones de entonces, tan borrosas y tan aparentemente ingenuas, eran válidas. Contaré pues la historia con la cantante *a capella*, advirtiendo que los acentos estarán más puestos en los aspectos presentes de mi vida que en la actualización del

problema del tiempo, asunto que, repito una vez más si acaso fuese necesario, tengo clausurado.

Yo no sé con precisión cuándo escuché a la cantante por primera vez, pero tengo claro, en cambio, que cada día me siento a trabajar con la esperanza un poco distraída de oírla cantando sus canciones de desengaño en la lejanía. Al principio no escuchaba o no prestaba atención a su voz quizás porque no era nítida entre esa profusa entremezcla de ruidos que ascienden caóticos desde la parte baja de esta ciudad hasta el último piso del edificio en el que funciona la empresa a la que estoy vinculado; también pudo haber sido el viento que se llevaba su voz enredada entre sus dedos de seda, o acaso la concentración aguda de mis sentidos en la labor que adelantaba me aislaba de todo lo que en torno a mí acontecía. He pensado también que mi condición de extranjero podría explicar mi inadvertencia o esa especie de sordera que vivía pues, como con seguridad lo han comprobado quienes en algún momento han vivido fuera de las fronteras de su patria, el oído requiere una educación para diferenciar e identificar los nuevos sonidos que, aunque cotidianos y obvios para quienes han convivido con ellos, adquieren para el visitante un sentido ignorado. En todo caso, en un día indeterminable vi atrapada mi atención en la canción lejana que ella cantaba *a capella* con una fuerza pasional que anulaba la distancia sin duda grande que nos separaba, y reducía las imperfecciones aficionadas de su timbre metálico y áspero. Dejé de lado, sigo dejando de lado el trabajo que adelanto desde el momento en que como un intenso perfume sonoro llega hasta mí su voz de yodo marino veteada de arrebatos pasionales y me dejó llevar por el sentimiento vehemente con el que ella ataca la canción. Ni siquiera requiero conocer el valor literal de las palabras para entender su sentido: en algún lado de ese corazón averiado algo sufre sin remedio. Reconozco, sí, con plena claridad, estos versos: *En el puerto espero/ mientras tejo y destejo*. Aunque no tengo una formación musical que me autorice a evaluar con justeza sus condiciones

interpretativas, puedo afirmar, sin embargo, que no se trata de una voz profesional, pero que, aún sin serlo, es agradable, como también es posible que algunas lecciones de canto haya debido tomar en su juventud para sostener la entonación en momentos en que un neófito flaquearía. Tampoco es la voz de una joven pero no por lo mismo se podría asegurar que sea vieja: el desgaste del timbre revela la pertenencia a una persona que debe rondar los embriagantes acantilados de la cuarentena.

Aquí mi lenguaje vacila: no sé si decir que *me he resignado* a no conocer a la cantante *a capella* o, en cambio, sea más apropiado afirmar que *me había resignado*. Ojalá más adelante pueda entenderse este titubeo. El hecho es que al poco tiempo de comenzar a distinguir su voz traté de encontrarla, pero la topografía de esta ciudad no se presta para las orientaciones fáciles. Yo provengo de una ciudad cuyo crecimiento se ha dado multiplicando sin medida las cuadrículas de un ajedrez español, con calles y avenidas que avanzan en paralelo o se cruzan perpendicularmente y cuyos nombres no son más que números de una serie previsible. Ubicarse en tales coordenadas es cosa sencilla. Pero la ciudad extranjera en la que vivo y escucho a la cantante *a capella* ha crecido al pie de un mar cuyo litoral es irregular, con avenidas que se adentran en las aguas o salen de ellas según las líneas dentadas de la costa, y las altas colinas sobre las cuales asciende obligan a un trazado de calles que sigue la cota variable de la montaña; a veces, una pequeña explanada rompe el ascenso vertiginoso y desigual de la pendiente, pero sus dimensiones son tan reducidas que sólo da para instalar dos o tres bancas a la sombra de un árbol bajo pero generoso y en donde, en ocasiones, los niños del barrio juegan un minúsculo partido de fútbol. Por lo demás, sus calles no son denominadas numéricamente, y los nombres de los personajes del que han recibido su bautizo no corresponden, como es apenas obvio, a una disposición lógica. Salir entonces del edificio donde trabajo y encaminarme hacia el lugar de donde supuestamente

provenía la voz terminaba por conducirme, la mayoría de las veces, hacia zonas de la ciudad distintas de las que yo buscaba. Era una sorpresa distinguir a lo lejos el perfil inconfundible del edificio —una especie de cono truncado, con balcones cargados de Hortensias siempre en flor— cuando yo presumía hallarme a una distancia relativamente corta; o elevar mis ojos al cielo buscando una referencia visual y encontrarme casi debajo de la parte posterior del edificio de donde había partido, bajo el supuesto de que me había desplazado varias cuadras de allí.

Durante muchas semanas, meses enteros (que coincidieron con el verano, estación que, como se sabe, estira la luz), iniciaba estas marchas tan pronto salía de mi oficina enmascarando esa voluntad con la excusa de conocer la ciudad. Es verdad que la ciudad es muy bella, y yo podría haber emprendido mis paseos con igual felicidad sin inventarme pretextos de ninguna naturaleza; por lo que no dejaba de llamarme la atención que tuviera que echarme una mentira piadosa para ocultar el verdadero propósito de mi caminata. Quizás, en el trasfondo de mi inconsciente, no quería reconocerme cuánta fuerza secreta me comunicaba esa voz desconocida, o temía descubrir qué tan profundo podría ser el abismo que se abriría bajo mis pies de conocer el ser del que era oriunda la voz. Llegado el otoño, las sombras de los días avanzaban más temprano sobre la ciudad y ya yo no tenía entonces la seguridad suficiente para aventurarme por itinerarios en esas condiciones más imprevisibles y quizás peligrosos. Y ni hablar del invierno, esa estación del recogimiento y de la penumbra. Sin embargo, su voz me seguía llegando hasta lo alto de la torre de trabajo a través de la lluvia de los días y del frío que cubrían y entristecían a la ciudad hasta la congoja —*En el puerto espero/ mientras tejo y destejo*—, recordándome con su persistencia la permanencia de un núcleo voraz que me atraía como el ojo sagrado de un animal mítico.

Al verano siguiente, cumplido pues mi primer año de vida en ese país y cuando había languidecido en mí la intención de des-

cubrir a la mujer, creí encontrar por casualidad la ocasión de oro para conocerla. Yo había vuelto a reanudar mis caminatas, esta vez con el propósito sincero de apreciar mejor la arquitectura de la ciudad y sus gentes, cuando en uno de sus barrios más viejos vi el anuncio del homenaje que los más destacados cantantes del país rendirían a uno de sus músicos más notables, fallecido tan sólo un año atrás. Parecía no ser algo muy formal, y en todo caso la estirpe popular de la ceremonia era clara: no tendría lugar en un gran auditorio o en un recinto pomposo sino en la pequeña explanada que se formaba, perpendicular, en la mitad de unas largas escalinatas que comunicaban dos calles paralelas. A pesar de que era la mañana y el acto estaba programado para las horas de la noche, ya se encontraban extendidos a lo largo de la escalera y de través los adornos multicolores: pendones en origami confeccionados artesanalmente, globos plásticos y de papel, banderitas agitadas por la brisa, bombillitos de muchos tonos. Las mesas, que no sobrepasaban una veintena, estaban dispuestas sobre la explanada, y todas convergían hacia una tarima que dividía en dos la proyección lineal de las gradas. Algunos hombres se atareaban en corregir las últimas imperfecciones del sonido, cuyos parlantes gigantescos anunciaban la intensidad del volumen. Mientras los más adinerados cenarían en las mesas —aceitunas, buñuelos fritos de bacalao, sardinas asadas, tomates rellenos, pan campesino y quesos rústicos de cabra, escoltados por briosos vinos jóvenes de fabricación casera constituían lo principal del menú, según pude leer en una carta que ya se encontraba exhibida en un tablero de pizarra— y los otros mirarían desde los peldaños, los cantantes desfilaban por la tarima interpretando las canciones del país que habían hecho la alegría del artista homenajeado. Si la cantante *a capella* no asistía a un acto de esta naturaleza, ¿dónde entonces podría jamás encontrarla? Claro, su identificación, que no era poca cosa, sería un paso posterior, pero inferir que iría esa noche era ya un enorme logro.

Bajo el efecto de lo que luego ocurrió no sé ahora si decir que tuve razón o si, en cambio, todo fue inútil. Desde las primeras horas de la noche, tras pagar una suma ínfima, me instalé en una de las primeras mesas, y me cuidé de tener una perspectiva visual tanto de los que entraban a sentarse como de los que bajaban o subían los escalones, sin hablar del lugar de privilegio para escuchar a los músicos. Los platos regionales comenzaron a circular a profusión y los vinos hicieron chispear los espíritus con rapidez, de tal forma que en poco tiempo la fiesta flotaba ya en su altura de euforia, estimulada además por los primeros cantantes que, a pesar de sus acentos de pesadumbre y sus palabras emotivas en memoria del artista fallecido, desencadenaban en el público ruidosos entusiasmos. Los efluvios de la masa blanca y tierna de un buñuelo de bacalao humeante contrastaron con el vino verde que la mano de una muchacha rubicunda colocaba en mi mesa, y éste, el vino, a su turno, se confundió con una pulsera de jade verde que adornaba su muñeca, y toda la composición visual de ese episodio efímero quedó flotando en mi mente como si fuera una imagen a la deriva, acentuada por los reflejos enceguedores de las luces de los bombillitos contra la superficie fina y pulida del jade que rodeaba su muñeca. Niños, hombres, mujeres, ancianos coreaban con ardor las letras de las canciones, pero, no obstante mi atención agudizada, ninguna voz de mujer se asemejaba a la que había estado encadenado desde un año atrás.

Sin embargo, de pronto, minutos después, surgió. Había distraído mi mirada hacia la pulsera de jade que, una vez más, entraba en mi campo visual, esta vez siguiendo como una parábola de luz la mano de la muchacha que colocaba sobre mi mesa en el mismo instante un plato de sardinas acompañado de aceitunas y queso. Como en la ocasión anterior, me sentí deslumbrado y atraído por el brillo móvil del jade y paralizado por el encantamiento misterioso que me producía cuando, de improviso, irrumpió, no obstante la fuerza de este embelesa-

miento que me embriagaba como si ninguna otra cosa existiera en el mundo, una voz que sólo podía ser la de la cantante *a capella*. Como los seres que se encuentran bajo el imperio de los hechizos inescrutables del amor, levanté mis ojos hacia la tarima sin tener noción de lo que estaba ocurriendo, y vi en el escenario una mujer alta y delgada, de facciones finas, ojos negros intensos, vestida con una túnica cuyo corte majestuoso la emparentaba de inmediato con las divinidades griegas. Necesité todavía algunos segundos para percatarme, aunque todavía no con consciencia plena, de que la hermosa mujer que estaba frente a mí era la cantante *a capella* y que su voz era la de la mujer cuyo fantasma había estado persiguiendo durante tanto tiempo. Deseando alcanzar la seguridad sin equívocos, mantuve un margen mínimo de reserva mientras escuchaba canciones desconocidas cuyo timbre, sin embargo, evocaba el mismo timbre escuchado en otras ocasiones, hasta que interpretó la que yo tanto recordaba, y cuando dijo (más justo sería decir “cuando declamó”, “cuando de su boca volaron como pájaros las palabras”) *En el puerto espero/ mientras tejo y destejo*, no me cupo entonces la menor duda de que ella era, en efecto, el águila del Cáucaso que día tras día había estado arrancándome el hígado a picotazos.

Tan pronto terminó su intervención, el presentador agradeció su presencia y pronunció su nombre, y mientras ella bajaba del escenario envuelta en los ropajes fastuosos del reconocimiento público y sumergida en un baño de aplausos nutridos, bajé mi cabeza apresuradamente para garabatear su nombre en una servilleta de papel. Al volver a mirarla, sólo alcancé a ver su peinado avanzando por entre el público de las gradas y fundiéndose con éste como un barco con el agua cuando naufraga. Y en el mismo instante escuché una voz: “Con mucho gusto. Espero que le guste”. Era la muchacha rubicunda que estaba retirando de la mesa su brazo brillando en la muñeca con la pulsera de jade después de depositar sobre mi mesa, un segundo antes, un

plato de sardinas acompañado de aceitunas y queso.

Quedé abrumado por lo que acababa de ocurrir. A lo largo de esa noche, en la que me fue imposible conciliar el sueño, estuve tratando de comprender cómo había sido posible que mientras la cantante *a capella* interpretaba al menos tres canciones, el tiempo de la muchacha colocando sobre mi mesa el plato de las sardinas con las aceitunas y el queso se había congelado. Me fue inevitable evocar entonces mis antiguas especulaciones acerca de los tiempos simultáneos, y cuando aún inquieto había inferido que el episodio de la cantante había correspondido a una ensoñación, encontré en uno de mis bolsillos la servilleta con su nombre. Todavía más perplejo, concluí entonces que, *en realidad*, ambos hechos habían tenido lugar, sólo que su ocurrencia se había dado en dos planos diferentes.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

CORAZÓN LOCUAZ

E pedra, e luz,

E fin do caminho...

Antonio Carlos Jobim en *Aguas de março*

A pesar de que Jacinto Buenaventura llevaba ya tantos años sin haber vuelto a vivir la misma experiencia tormentosa que en el pasado tanto lo había perturbado, no ha dejado de preocuparle, sin embargo, el hecho de que haya vuelto a ocurrirle, incipiente y fugaz, es verdad, pero, ¡ay!, incontrolable, cada vez que, por casualidad o con premeditación, se cruza con su nueva vecina, sea en las escaleras, sea en los senderos plácidos y umbríos del parque que avecina el edificio donde viven. Todos los fantasmas del pasado se reúnen entonces de nuevo en su cabeza y él cae presa de una especie de vértigo en el que es difícil discernir el pánico de la ansiedad por alcanzar el placer arbitrariamente vislumbrado. ¿Cómo explicarlo? Es en principio muy simple lo que le acontece, pero sólo él sabe cuán difícil es hacerlo comprender: la ve venir, a la mujer, y su corazón, hasta entonces silencioso y echado como un perro viejo, se despierta y deja brotar, como si se tratara de una fuente sonora, un hilo musical cuyo flujo no puede contener ni acallar. Hilo musical: una canción a veces, una obra clásica en otras, siempre piezas por él conocidas y

amadas, apenas audibles para su oído finísimo y, sin duda, para *Brahms*, su perro melómano. Es cierto que ahora sólo le pasa cuando se encuentra con esta mujer (delgada, joven y bella, de hermosísimos ojos astrales, surgida de uno de los tantos mundos paralelos que coexisten con éste) que desde hace tan sólo unas semanas ocupa el apartamento que queda justo debajo del suyo, en el edificio apacible y rodeado de árboles y zonas verdes donde ahora ya jubilado Jacinto Buenaventura deja pasar el tiempo en la única compañía de su perro, *Brahms*, un Labrador chocolate que, como su amo, aprecia la música con sensibilidad humana. La excepcionalidad de la ocurrencia del encuentro con la mujer vuelve relativa la todavía naciente inquietud que ha comenzado a invadirle, pero teme —y nadie se imagina con cuánto horror!— que en algún momento su corazón vuelva a ser lo locuaz e incomprensible que en años pasados fue (y que, tal vez al final de cuentas, haya sido la causa primera de que él permaneciera soltero y aislado y viejo) y deba verse obligado a explicar lo inexplicable.

Con un gesto resignado, Jacinto Buenaventura acepta que pensar hoy en día una frase como la anterior, en la que actualiza de manera abstracta el doloroso recuerdo del pasado, es muy fácil; pero había que ver los tormentos y las dificultades que debí afrontar cuando comencé a sentir, hace ya muchísimos años, la experiencia de la música emergiendo incontenible del fondo de su deslenguado corazón. Cuando le aconteció por primera vez —estaba conversando en un camino del campus universitario con una amiga que le resultaba atractiva—, atribuyó la procedencia de la música a algún radio lejano. Notó con placer que la canción que provenía de ese radio era *Por toda minha vida*, esa magnífica *bossa nova* de Tom Jobim que tanto me gustaba. Pero cuando el hecho se fue repitiendo una y muchas veces, y en diversas y variables circunstancias, con la misma amiga o con otras personas que le eran simpáticas, y cada vez escuchaba canciones del mismo Jobim —*Chovendo na roseira*, *Aguas de*

março, Agua de beber, etc.—, concluyó en la evidencia obvia de que algo extraño estaba ocurriendo. Era casi imposible que ese mismo radio difuso —ubicuo, por cierto, como corresponde a ese extrañísimo medio— tocara siempre canciones de Jobim, como era curioso que no escuchara las canciones sino cuando se iniciaba la conversación con las personas que encontraba. Antes de ello, o tan sólo apenas se despedía, la música cesaba abrupta, de manera exacta a cuando se corta el sonido de una radio o se apaga la luz de una habitación. No dejaba tampoco de ser raro que aquellos con quienes estuviese hablando jamás dieran a entender que ellos también escuchaban la música: las conversaciones proseguían como si nada las interfiriera, aunque a algunos les haya parecido poco común los inhabituales gestos de Jacinto Buenaventura, que no eran otra cosa, en realidad, que mi esfuerzo (innecesario, por lo demás, a esa altura del avance de mi mal) por impedir que la música fuera escuchada por los otros. Preocupado, expuso el problema a un médico psiquiatra, prevalido de la intuición de que algún desorden mental se hallaba en el origen de su experiencia sin par.

—Ocurre con más frecuencia de la que usted cree— sentenció el médico desde lo alto de su pirámide de Keops. Es como los espejismos, continuó, faraónico, imperial, pero en casos como el suyo no son visuales sino auditivos. La gente cree escuchar sonidos que *en realidad, en realidad*, no existen.

En las dos oportunidades en que pronunció la palabra *realidad*, el índice perentorio de su mano derecha apuntaba directo a la entreceja de su paciente, como si estuviera señalando algo profundo y vergonzoso dentro de su cabeza, y a él le pareció que ese gesto evocaba la imagen obscena de un arma.

Jacinto Buenaventura salió tranquilo del consultorio al saber que su problema no lo era tanto por el hecho de que se presentaba, como le había dicho el doctor Ramsés, con más frecuencia de la que él creía. Era, desde luego, una tranquilidad mal fundada pues la extensión de un problema a muchos individuos no

anula para nada su existencia ni sus efectos. Pero le inquietaba de manera genuina esa doble insistencia en la palabra *realidad* con la que le había dado a entender que, puesto que los sonidos no existían, podían ser sólo producto de su imaginación. Una imaginación que no podía ser sino enferma, como se podía inferir del certificado de incapacidad y de la fórmula que le había prescrito el médico y que contenía un listado de calmantes y somníferos para consumir a lo largo de quince días, tras los cuales me debe volver a visitar si los problemas persisten, querido amigo.

El querido amigo, fanático convencido a ultranza de las virtudes de la medicina alternativa, prefirió afrontar la crudeza del dictamen psiquiátrico sin la ayuda de los medicamentos. Preguntando aquí y allá entre sus colegas universitarios y con algunos viejos libreros en extinción, terminó leyendo el libro del médico Olivier Sacks titulado “El Hombre que Confundía a su Mujer con un Sombrero”, en el que este autor narra con cierto encanto literario casos clínicos que había debido atender a lo largo de su vida profesional. Entre los casos referidos por Sacks está, claro, el del hombre que confundía a su mujer con un sombrero; pero también el de la señora de edad que un día comienza a escuchar estruendosos conciertos imaginarios de música clásica que la doblegan hasta el aturdimiento, y que Jacinto Buenaventura leyó con interés y asombro pues de alguna manera era también el suyo. La lectura lo reconfortó pues un buen día, tras periodos largos en los que había conseguido disminuir el volumen atroz de la música hasta hacerla soportable, la señora deja de escuchar para siempre los, si se puede decir, respaldado en la sacrosanta palabra de Ramsés, “espejismos acústicos”.

Apaciguado su espíritu por este precedente de autoridad, y ayudado por una plantilla que le oprimía ciertos puntos de la planta de los pies, recomendación de un médico alternativo, Jacinto Buenaventura reemprendió su vida profesional y social,

que había suspendido mientras duraba la elucidación de sus dudas, pensando en que el hecho no habría de presentársele de nuevo si él no favorecía los encuentros con las personas que le agradaban —actitud que había mantenido con disciplina estoica durante los varios días de su incapacidad médica—. De modo que a pesar de los cruces reiterados con gentes conocidas y queridas, ya reintegrado a su vida rutinaria, la música se calló en su corazón durante tiempo tan largo que él creyó superado el asunto en forma definitiva.

Pero, ¡ay!, todos deberíamos excluir de nuestro vocabulario la engañosa palabra *definitiva*: mientras, meses después, obligado por las fuerzas del protocolo y el respeto a las reglas de la convivencia civilizada, hablaba con un compañero de trabajo que detestaba, de mi corazón reventaron de golpe, arrolladores e irrefrenables, los infames compases de un *vallenato*, esa música primitiva de las regiones del norte del país que aborrecía con más fuerza que a mi colega. Este echó la cabeza hacia atrás como si algo luminoso lo hubiera encandelillado mientras sus ojos buscaron alrededor alguna explicación de orden material. Obedeciendo a una reacción involuntaria, Jacinto Buenaventura se dirigió la mano abierta en cinco dedos hacia el corazón, para amordazarlo, y pronunció un abochornado *perdón*, como si de su cuerpo se hubiera escapado algún sonido vergonzoso. Su colega, incómodo y sorprendido, apresuró la charla y se despidió con prontitud, argumentando con falsa convicción la urgencia por cumplir una cita. El hecho lo deprimió no sólo porque volvía a ocurrirle después de que hasta su posibilidad estaba ya en el olvido, sino, sobre todo, porque, en su nueva ocurrencia, presentaba dos facetas desconocidas: antes sólo le había sucedido durante el encuentro con personas queridas y dado lugar a músicas que él amaba, mientras que ahora la experiencia había tenido lugar con alguien odiado y se había producido una música por la que sentía aversión; en sus anteriores experiencias, sólo él escuchaba su música, mientras que

en ésta fue evidente que su interlocutor *algo había escuchado*. Casi con pánico, infirió que si su colega *algo había escuchado*, la música no era imaginaria, no podía ser imaginaria, a no ser que nuestros delirios se intercomunicaran, idea que, en sí misma, era también delirante. ¿Qué diría ahora Ramsés?, se preguntó, y habría habido una cierta complacencia en la pregunta si su sola formulación no pusiera de presente el drama personal al que la nueva situación le abocaba. Pero hechos semejantes se repitieron a lo largo de numerosos días para confirmarle en su obcecación que la sospecha original era cierta: la música de su corazón, antes audible sólo por él, era escuchada por toda persona con quien hablara. Que sus interlocutores también la escucharan podría no haber sido un problema para Jacinto Buenaventura si no mediara, ante todo, la insostenible prueba de una turbación patológica que me cortaba la respiración cada vez que quería manifestar un sentimiento.

Jacinto Buenaventura fue cayendo entonces en una espiral de alejamiento social en la que evitó sin delicadeza alguna a muchos conocidos y redobló sus precauciones cada vez que debía, forzado por las circunstancias, encontrar otros. Temía sobre todo el encuentro con mujeres que amaba en el silencio de su timidez enferma pues le aterraba que su corazón charlatán lo pudiera delatar. Pero Jacinto Buenaventura, profesor universitario, no podía evitar la relación con las personas, salvo que decidiera renunciar a su trabajo y enclaustrarse en algún oscuro cuarto de barrio popular a oír hablar a su corazón en largos monólogos musicales solitarios —gesto eremita que no estaba en disposición de espíritu ni en posibilidades materiales de hacer—.

La relectura del libro de Sacks le dio luces para paliar su problema. Volvió a leer, esta vez atribuyéndole nuevos sentidos y sacando lecciones pragmáticas, que la mujer de la historia clínica había logrado controlar el escándalo de los conciertos con un esfuerzo de concentración a través del cual fijaba con la

mente un punto blanco imaginario: la fuerza que este punto iba tomando se iba haciendo tan grande que terminaba por sofocar hasta la aniquilación la estridencia inaguantable de la música. La conquista del punto era el acceso a la paz y a la relajación. Sin resultado favorable ensayó lo del punto blanco y otras técnicas tomadas de los rudimentos del yoga y del budismo zen, hasta que de manera casi incidental un día lo logró subiendo los músculos del diafragma dentro de su cavidad torácica. Nada más que eso.

Ni siquiera se pudo preguntar por la naturaleza del mecanismo corporal que podría haber explicado este fenómeno pues sólo estaba disponible para sentir con placer renovado el fuego de la felicidad que le abrasaba entero. Disfrutó entonces el sentimiento de dominio que ejercía sobre las fuerzas secretas de su corazón, y durante semanas exultantes lo puso a prueba en encuentros de todo tipo, desde aquellos con personas queridas, que daban origen a hermosísimas obras clásicas y a *bossa novas* amadas, hasta otros con colegas odiados, que desencadenaban turbulentas tormentas de *vallenatos*, en todo caso músicas aplacadas por el poder fenomenal de su control diafragmático.

La felicidad fue efímera, sin embargo. Como era previsible, su personalidad endeble e insegura propició en mí el nacimiento de la sospecha de que alguna razón desconocida habría de hacer resurgir de manera inesperada el hecho temido, lo que le fue conduciendo poco a poco a momentos de recogimiento que, con los años, todos sumados y casi sin darse cuenta, se convirtieron en espacios de soledad. Lo curioso de esta situación es que, llevado por la dinámica propia de su condición laboral a trabar relaciones con otras personas, lograba gobernar a plenitud la habladuría de su corazón, comprobación que nunca, sin embargo, a pesar de tan repetida, me devolvió la confianza en que podía avanzar por la vida sin tener que explicar a nadie el porqué de la música de mi cuerpo. Pasado el tiempo, el inexorable, el magnífico, el implacable, el odiado, fue inevitable que Jacinto Buenaventura se convirtiera en una persona sin amigos y sin otros vínculos

que los efímeros y ocasionales de su trabajo, sólo acompañado hacia algo que por eufemismo autocompasivo llamaba “madurez” por perros que sacaba a pasear por las tardes a los parques o dormitaban a sus pies mientras veía sin mirar tardíos e incomprensibles programas de televisión, releía los cuentistas argentinos de su obsesión o clásicos de la tragedia griega y escuchaba a Antonio Carlos Jobim, el inefable, el singular, el protohombre. Por el último de estos animales, *Brahms*, sentía una simpatía especial pues era capaz de escuchar los registros bajísimos de su corazón —lo cual, en el fondo, no le sorprendía pues los perros tienen la capacidad de escuchar sonidos de una baja longitud de onda, imperceptibles sin embargo para los hombres— y reaccionaba con auténtica emoción humana al espíritu de la música —cosa que, a pesar de lo atípico, no despertó ninguna curiosidad especial en Jacinto Buenaventura—. (*Brahms*, déjenme decirlo antes de cualquier otra cosa, es un verdadero fanático de la obra de Johannes Brahms: ¿cómo podría describir el brillo acuoso de sus ojos —¡todo lo dicen sus ojos, hay que verlo!— cuando escucha uno de los *lieder* del virtuoso compositor o el leve escalofrío de su cuerpo al sonar uno de sus tantos audaces y archipopulares encadenamientos de acordes? ¿Por qué creen ustedes que lo bauticé con el mismo nombre del precoz genio alemán cuando, pequeño, llegó a reemplazar al bienamado y nunca suficientemente llorado *Thesaurus*, el Dálmata? Pero aprecia con sensibilidad semejante la obra de otros autores clásicos y las *bossa novas* de Tom Jobim. Me une a él un nexo más fuerte que los vínculos cosanguíneos, sé de su comportamiento todo: me considero su hermano gemelo, su clon en el orden bípedo).

Pues bien, ha sido en esta etapa de su vida, en el ejercicio lánguido, abúlico e insulso de su jubilación, cuando Jacinto Buenaventura ha venido a conocer a la mujer joven que desde hace unas pocas semanas vive en su mismo edificio. La primera vez que la vio —fue un simple cruce en la escalera: ella bajaba

con su perro, Jacinto Buenaventura subía con el suyo. Recuerdo que afuera el sol brillaba con irreprochable esplendor y el cielo era unánimemente azul, como el color de las Cattleyas Híbridas que se cultivan en las tierras templadas del Alto Cauca—, sintió en su pecho esclerótico una especie de dislocamiento de estructuras causado por el impacto emocional de una visión tan deslumbrante, y su corazón rebelado contra toda censura emitió una especie de fanfarria gozosa hecha de cañonazos y de campanas al vuelo de alguna sinfonía de Tchaikovski que, *Brahms*, dicho sea al pasar, criticó con una mirada dura pues no era uno de sus compositores de preferencia. A Jacinto Buenaventura no le importó la desaprobación de su perro pues ésta y todo el resto del universo habían sido barridos por la fuerza de choque de la sonrisa cegadora que la mujer comenzó a esbozar tres o cuatro metros antes del cruce, sostuvo todo el tiempo hasta que pasó a su lado, y debió mantener —fantaseó Jacinto Buenaventura, quiso él con vehemencia inexplicable— hasta más allá de las escaleras, hasta la calle, hasta el parque, hasta el fin de ese día y de esa noche, ojalá hasta la eternidad, me dije. La sonrisa de la mujer le persiguió ese resto de día, esa noche y durante varios días como si fuera una sombra de su memoria, y de ahí en adelante sólo vivía para arder en el fuego de ese recuerdo y rejuvenecer sus pasiones adormecidas con el riego generoso del resplandor ígneo de sus dientes y el brillo juvenil y erótico de sus labios de carne abultada y promisoría.

Desde entonces, ocasiones de reencuentro no le han faltado, y, de hecho, al cabo del tercero o del cuarto, cuando coincidieron en el parque paseando a sus perros, han entablado conversaciones ligeras, propias de los encuentros primeros y ocasionales, tendientes sin embargo a la brevedad porque Jacinto Buenaventura cree, tan desordenada es su exaltación, no poder silenciar la música de su corazón desapacible. Pero, azar de azares, protección providencial y mágica de los ángeles hacia los tímidos, la mujer ha resultado ser una estudiante de

Cello, y las conversaciones aprensivas y fugaces del comienzo han encontrado en el gusto común por la música el calor para avivarse. No ha resultado extraño verles entonces adentrarse por los senderos del parque, cortejados por masas de Begonias y por nubes de cucarrones y de mariposas, entreverados en charlas sobre las virtudes excelsas de una obra de Mahler o en el descalabro imperialista del proyecto de Rimski-Korsakov.

He notado con cierto interés, sin embargo, que *Brahms*, no obstante la dulzura y la paz interior que proyecta la mujer, no parece apreciar de buen grado estos encuentros: al verla venir, siento en mis manos la tensión leve en la cadena del collar que lo sujeta y, gesto insólito en un animal en paz con todos los mortales, gruñe bajo, agresivo. Jacinto Buenaventura, que siente como si algo fastidiara a su perro, no cree que se trate de celos (ni de Cellos, sea el caso de decirlo) pues si algo ha distinguido a su animal de compañía es, aparte de sus irrefutables dones melómanos, una indiferencia de santón oriental hacia la carne y los huesos de todos los seres humanos.

Hipnotizado por la nueva relación, Jacinto Buenaventura no le presta mucho cuidado a la reacción imprevista de su perro y, más bien, cede con facilidad a remansos de ensoñación en los que ella y él son protagonistas de primer plano. Lo hace y siente gusto, sí, pero le queda un relente amargo, por supuesto, como corresponde a esas realizaciones ilusorias, y tras cada fantaseo queda en últimas una estela de sinsabores pedregosos. Por añadidura, le ha comenzado a intrigar que en algunas ocasiones la mujer ha hecho alusiones a la música que en el momento mismo del encuentro se oye en su corazón. Breves, es verdad, tangenciales, es cierto, pero alusiones al fin y al cabo. Le suscita una curiosidad adicional la comprobación de que esas reflexiones marginales sólo se refieren a las obras clásicas, y son inexistentes cuando en mi pecho resuena alguna de mis amadas musiquinhas brasileiras. Por instantes duda de la eficacia hermética de su control diafragmático, y su timidez

abrasiva le hace presumir y temer que ella escuche la música de su corazón y conozca entonces los secretos recónditos de mis incertidumbres amorosas.

Como si todo lo anterior no resultara ser bastante desconcertante, Jacinto Buenaventura ha vuelto a *Edipo Rey*, una de las tragedias que más lo conmueven, y resalta en esta lectura un hecho que en anteriores oportunidades le había sido irrelevante: Tiresias (ciego, como se sabe) ve a Edipo no gracias a su propia percepción sino a través de su perro. En eso piensa sin intermitencias: el ciego Tiresias ve a Edipo a través de su perro, el ciego Tiresias ve a Edipo a través de su perro, el ciego Tiresias ve a Edipo a través de su perro... ¿Qué podría significar entonces la actitud agresiva de *Brahms* al encontrarse con la mujer? ¿Estaría su perro comunicándole algún mensaje cifrado, algo que él, Tiresias contemporáneo, no ve pero *Brahms* sí? ¿Qué inconcebible Edipo estaría representando la mujer? Confundido por estos interrogantes sin respuesta, Jacinto Buenaventura, ciego, como siempre, a la racionalidad de los hechos, reduce las posibilidades de encuentro con la mujer para evitar enfrentarse a la confirmación creciente de sus hipótesis. Ve encendida en el fondo de su duda la sospecha de una revelación amenazante en la que todos sus secretos se encuentran expuestos boca arriba como cartas sobre una mesa.

Entre la última frase y ésta hay un tiempo inefable y un abismo cuya profundidad es de vértigo. Estoy aquí escuchando un disco compacto que la mujer me ha regalado con versiones electroacústicas de las *bossa novas* más conocidas de Antonio Carlos Jobim. Me lo dio ayer al despedirnos tras un encuentro que no pude evitar, y juro ante dioses propios y ajenos que nada lógico puede explicar este regalo pues no hemos intercambiado ni ayer ni nunca frase alguna sobre este compositor. Me asalta cada vez más la presunción de que ella escucha mi música —si no, cómo explicar que me haga comentarios precisamente de la que suena en mí y ahora me regale un compacto con las *bossa*

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

EL PROVEEDOR DE ILUSIONES

Cuando el hecho me ocurrió por primera vez, hace ya algunos meses, no lo tomé como índice significativo de nada sino, más bien, tan corriente era, como una de las tantas cosas sin importancia que le acontecen a todo ser humano a lo largo de un día, de una hora, de una vida: yo me encontraba sentado en una banca de uno de los parques de la ciudad donde vivo, observando, atraído, como lo he hecho a lo largo de los últimos años, el rostro rico y diverso de los transeúntes, puramente contemplativo y ajeno por completo a las pasiones profundas de la vida, cuando de uno de los bolsillos de mi pantalón salió una moneda como si hubiera sido animada por una motivación propia. La recogí y la guardé, y, como lo he dicho, no le atribuí ningún sentido específico. ¿Qué razón podría tener para hacerlo? Pero cuando el hecho comenzó a repetirse (primero en forma raleada, luego con frecuencia cercana), no sólo las preguntas de la inquietud se abrieron como una floración masiva e inesperada sino que me intrigó con intensidad particular la fuerza autónoma con la que las monedas parecían salir del bolsillo. O mejor, la fuerza con la que *se* salían del bolsillo, ellas mismas, ellas solas, dando la impresión de que estuvieran respondiendo a una decisión de su propio albedrío.

—¿Propio albedrío? Mi querido José, se está volviendo loco —comentó ácido y cortante Remigio, uno de los pocos amigos que todavía no había tenido que concurrir a la Gran Cita.

—Sí, es cierto —insistí con una voluntad de persuasión un poco ansiosa. Yo estoy allí sentado, quieto, y de pronto siento como un cosquilleo vibrátil, leve, casi como un tic fragmentado en el muslo, y la moneda sale solita.

Remigio balanceó la cabeza con un aire de indulgencia socarrona.

—Y claro, la moneda sale solita, ¿no?

Y yo, resignado y un poco herido en mi amor propio al advertir su intención mordaz:

—Pues aunque no lo crea, así es.

En el fondo de mí mismo, yo sabía que nadie me creería. Aunque con Remigio... Si había accedido a contarle tan singular episodio, se debía al hecho de que nuestra confianza, alimentada por una amistad que se remontaba hasta nuestra remota juventud, era ilimitada e incondicional. Pero mi historia le resultó no sólo incomprendible sino también irrisoria, y si no fue más explícito e hiriente con sus ironías fue porque debió haber notado cuánta trascendencia daba yo al asunto. Así, entonces, por contraste anticipado, pude yo prefigurar lo infundada que sería cualquier esperanza de que personas ajenas a mis ámbitos más íntimos tuvieran alguna condescendencia de entendimiento conmigo pues si ni Remigio me había creído...

Decidí pues enfrentar solo esta especial experiencia. Después de todo, el hecho se producía de una manera casi privada y se limitaba a una moneda, a una solitaria pieza que salía de mi pantalón con vida propia como si buscara respirar un aire limpio por fuera del cielo oscuro y sin amanecer de mi bolsillo. Yo la miraba rodar como a tumbos sobre la superficie irregular del piso, vacilar por fin tras un giro un poco ebrio sobre su propio eje

y quedar tendida panza arriba, rígida, pobre mortal, tan destinada a la muerte como cualquier ser humano. Me serenaba creer que quienes ocasionalmente se pudieran encontrar a mi lado cuando caía la moneda no podían pensar que fuera algo distinto a un hecho fortuito, aunque en mi fuero interno creciera en desorden la idea de que una especie de conspiración se fraguaba contra mi frágil paz de hombre jubilado y ocioso. ¿Quiénes podrían ser los responsables de una conjura semejante? Yo mismo no sabía nada, y la mayor parte de las veces en que pensaba en ello atribuía estos planes supuestos a una debilidad senil de mi imaginación. Total, a esta edad, sólo los fantasmas pueblan nuestras mentes y deambulan por ella con la desfachatez de un dueño de casa.

Las cosas se volvieron un poco más difíciles de manejar cuando comenzaron a caer varias monedas al mismo tiempo. Yo ya tenía identificados con claridad los signos precursores de la ocurrencia cuando era una sola la que se escapaba, y ejercía sobre ellos un control mesurado: nada de cambiar de forma ostensible la actitud corporal, nada de sobresaltos, nada de lanzar mi mano contra la boca del bolsillo para impedir la huida. Pero tratándose de varias monedas simultáneamente, esos mismos signos, tolerables cuando correspondían a una sola, se volvieron casi insoportables porque, claro, se puede aguantar el cosquilleo leve de una pieza rascando la piel del muslo a través de la delgada tela del pantalón, e inclusive aceptar esa sensación como una caricia agradable, casi como el mimo erótico de un ser pequeñito. ¿Pero cómo dominar y resistir ese cosquilleo cuando ya son una multitud de manitos diminutas cuyas uñas entran en contacto móvil con la piel? ¿Cómo explicar al vecino ocasional la irrupción inesperada de varias monedas a su nuevo cielo de libertad y ese júbilo lleno de tintineos y de griticos agudos que de manera evidente expresan bajo el aire de su nueva conquista? Claro, quizás todo era una magnificación de mi mente, tan sensible al juicio de los otros, cuando en la realidad era posible

que esas mismas personas ni siquiera notaran una leve irregularidad en el curso de las cosas. De hecho, yo podía anticipar las reacciones apenas previsibles: me agachaba a recoger las monedas, mi vecino acudía en mi ayuda y yo refrendaba todo el incidente con una sonrisa que pretendía ser de agradecimiento. En el fondo, sin embargo, ¡si no lo supiera!, mi actitud respondía cada vez más al embarazo y a la perturbación, y estaba seguro de que, tarde o temprano, habría de reaccionar de una manera menos equilibrada.

Aunque estaba claro que el problema comenzaba a adquirir un relieve protuberante en mi espíritu, yo seguí yendo al parque sin importarme demasiado la identidad de las personas que compartían conmigo las bancas. En realidad, estaba en un momento de mi vida en que carecía de cualquier sentido entablar eso que llaman “nuevas relaciones”, por lo que ni siquiera me nacía intercambiar aunque fuera un saludo de protocolo, mucho menos una conversación sostenida, y todavía menos un amago de amistad. Fue por haber mantenido esta actitud de forma inquebrantable que me llamó poderosamente la atención el comentario de alguien que se hallaba a mi lado, y cuyo rostro ni siquiera recordaba haber visto, cuando me aconteció de nuevo uno de los episodios:

—Es la tercera vez en estas dos semanas —me dijo.

Me lo dijo así, con la mayor naturalidad, como si estuviera comprobando el acaecimiento objetivo de un hecho meteorológico. Yo lo miré entre sorprendido e indignado pues no podía imaginarme qué lo autorizaba a hacerme semejante comentario, pero antes de que yo reaccionara colocándolo en su sitio, el tipo armó en su cara un gesto de camaradería fingida:

—Hágalo coser de su esposa —creyó apropiado aconsejarme con una confianza incongruente con una relación que no existía,

al tiempo que posaba, de lado, una de sus manos en mi hombro.

Yo sabía que poco o nada me debían importar comentarios como ése, pero debo confesar que, a pesar de los años que tengo, me ha sido imposible anular en mi comportamiento la preocupación por lo que la gente pueda pensar de mí. El hecho en sí era anodino —unas monedas que caen de un bolsillo de alguien sentado en una banca de parque— pero, sin embargo, activaba en las depresiones más profundas de mi personalidad un mecanismo de vergüenza por no poder explicar esa leve anomalía de la realidad. Siempre fue así, mi vida ha sido una vergüenza ininterrumpida frente a los otros: hasta los doce, los trece años, mi delgadez extrema; como hasta los dieciocho, mi nariz achatada de boxeador derrotado; más tarde, mi incapacidad de discurrir una idea de manera lógica; aún más tarde, mi timidez incurable, etc., etc. No los voy a aburrir con el listado sin fin de los defectos, reales o imaginarios, que me han abochornado cuando me encuentro en presencia de personas, cualesquiera sean ellas, cualesquiera sean las circunstancias. El caso es que frente a mi vecino de banca, una vez más sentí propagarse por mi rostro una ola de rubor ardiente que traducía mi sentimiento arraigado e infeliz de estar en una situación indebida.

Como no iba a dejar de ir al parque (tengan la bondad de comprenderme: he sido un viejo solitario cuya única actividad de interés, por lo menos hasta ese momento, ha consistido en ir todos los días a guarecerse del aburrimiento bajo las sombras generosas de los árboles y a distraerse con el paso de los rostros humanos), decidí no llevar más monedas en los bolsillos. De esa forma impediría que los trances se repitieran y no tendría entonces nada de qué sonrojarme en público. Pero la lógica que gobierna los actos elementales de la vida cotidiana parece no estar al alcance de la razón: tras algunos días de tregua, sentí de improviso los primeros síntomas de que algo semejante a la huida de las monedas se estaba engendrando en el universo

cerrado de mi bolsillo. No se trataba en esta ocasión del mismo rasgueo de manitas diminutas que rozaban mi piel sino de un sonido sordo y crispado, como un papel arrugado que tratara por resiliencia de recuperar su forma perdida. Previendo que un acontecimiento irreconocible e inexplicable se produjera frente a la curiosidad de una persona desconocida que en esa ocasión compartía mi banca, llevé la palma de mi mano contra el pantalón para acallar el sonido rugoso. Entonces sentí sobre la superficie de mi piel la presión mínima, irregular y móvil de algo que parecía desplegarse por dentro. Créanme: como si alguien estuviera abriendo sus microbrazos para desperezarse. Cuando pude quedarme solo, vacié el contenido de mi bolsillo y sólo encontré un billete de baja denominación. Si los fenómenos del universo obedecen a la lógica, debo decir entonces que ese papel que se desarrugaba no podía ser nada distinto al billete cuya existencia comprobé al desocupar mi bolsillo pues ningún otro objeto compartía su espacio. El hecho, sin embargo, me pareció tan anormal que mi espíritu se reconfortó con la idea de que no se trataba más que de delirios de una cabeza todavía bajo los influjos poderosos y dañinos de la reciente experiencia de las monedas. Pues éstas, al fin y al cabo, podían tender a escaparse en virtud de su forma redonda sólo por efecto de la ley de la gravedad, pero ¿cómo puede rodar un papel?; ¿cuál ley de gravedad puede atraer a un billete que se encuentra enclaustrado en los muros infranqueables de un bolsillo? Alucinaciones puras.

Mi tranquilidad, mi falsa tranquilidad alcanzó a durarme sólo un día. A la mañana siguiente, en efecto, tras llegar a la banca de siempre, tras saludar al hombre que días antes me había aconsejado pedirle a mi mujer que me cosiera el pantalón (“Listo, mi mujer ya me lo cosió”, le mentí de mala fe a manera de saludo y de reconocimiento) y tras distraerme una buena media hora ante el carnaval de máscaras sin fin de los transeúntes, comencé a sentir de nuevo el mismo cosquilleo del día anterior. Aún con los antecedentes que se habían presentado, el hecho

podía no haber sido alarmante si sólo se hubiera tratado de una repetición de lo que me había acontecido la víspera. Pero ocurre que, apoyado en la eficacia de la medida tomada antes con respecto a las monedas, había decidido esa misma mañana que tampoco llevaría billetes. ¡No tenía entonces ningún billete en el bolsillo y sin embargo estaba sintiendo el mismo despertar de papel del día anterior! Me levanté de inmediato del lugar donde me encontraba pues no podía soportar la idea de tener que dar explicaciones sobre un comportamiento que ya no podía tener las apariencias de la normalidad ni que mi vecino se diera prerrogativas a las que no tenía derecho. Lejos de ese lugar, apenas pude, revisé mi bolsillo y, para mi sorpresa mayúscula, allí se encontraba un billete, no obstante la seguridad plena que tenía de haber dejado todo en mi casa.

Lo que siguió a lo largo de varias semanas fue una repetición aumentada e incomprensible de aquella aparición inexplicable. Cuando a partir de la nada billetes y monedas comenzaron a multiplicarse a un ritmo desmesurado y a desbordarse por fuera de mi pantalón, y ya yo no tenía ninguna explicación que satisficiera los interrogantes perplejos de los otros, resolví no volver más al parque. Pues yo, que odio ser centro de atención de lo que sea, había comenzado a verme rodeado de algunos de los vagabundos que frecuentan el parque ilusionados con las dádivas que yo les ofrecía. Inclusive, me ocurría que al llegar ya se encontraban algunos de ellos en el sitio de mi costumbre, y el número de personas crecía día tras día. Nada me decían, pero yo veía en sus ojos el pedido y en su cuerpo la tensión no resuelta, y luego el evidente agradecimiento que les disolvía el rigor del cuerpo y los cubría con un rocío de felicidad. Alguno alcanzó a besarme la mano, pero yo la retiré con asco.

Para evitarme esas situaciones tan molestas, en aquellos días inicié largas peregrinaciones por calles de mi ciudad que jamás había visitado, generalmente situadas en barrios periféricos y miserables que habían crecido como hongos putrefactos a

lo largo de los tantos años en que mi vida había transcurrido, ajena a estos avatares, en el casco urbano tradicional. Me había provisto de una mochila arhuaca en la que iba metiendo el dinero en la medida en que me iba apareciendo. Aunque hubo días en los que era incontable la suma que había recolectado, y que la totalidad acumulada rebasaba cualquier intento de conteo, y que mis necesidades básicas se satisfacían con el monto modesto de mi pensión de jubilado, me hice el propósito firme de no regalar nada para ahorrarme el espectáculo humillante de los vagabundos esperando de mí aunque fuera una moneda reconfortante. Pero, claro, era casi previsible que uno de ellos se cruzara en mi camino en cualquier momento. Por supuesto, fue él quien me reconoció y no al contrario; para mí esas caras eran una misma cara con algunas variaciones menores: pelo más enredado y grasoso, una dentadura más cariada, una piel más resinosa, unos ojos más desesperanzados. Recuerdo que, señalándome con las manos, comenzó a gritar como si hubiera sido testigo de un milagro:

—¿Es el señor, es el señor!

Al besarme una mano y arrodillarse frente a mí, el rayo de un escalofrío me partió el cuerpo en dos pues entendí que la palabra “señor” que este pordiosero pronunciaba era realmente con S mayúscula: yo era El Señor. Lo aparté con una cachetada no porque lo considerara blasfemo sino porque estaba revelando a la luz pública mi existencia, que yo quería lo más secreta posible. Pero el tipo homologó esa cachetada a una especie de bendición divina, y de haber sido posible se hubiera besado él mismo su propia mejilla para agradecer ese contacto honroso y beatificante. Me siguió por esas calles espantosas repitiendo su exclamación, y pronto se formó detrás de mí, semejante a esos barcos pesqueros seguidos por nubes de gaviotas, una estela de seres andrajosos y desgraciados clamando por una ayuda

milagrosa. Para desembarazarme de semejante cortejo indigno, les arrojé la mochila indígena llena de dinero como quien arroja un hueso a una jauría de perros buscando que se destrozaran entre ellos y me dejaran en paz.

Después de aquel episodio tan chocante, me fue muy difícil volver a salir de mi casa. Limitaba mis salidas, que siempre efectuaba disfrazado con un bigote postizo y cubierta mi cabeza con una cachucha beisbolera de los Yankees de New York, a la tienda de la esquina para la compra de mis alimentos o a las entidades bancarias para cancelar mis obligaciones impositivas y de servicios públicos. Pero, ¿cómo procede el azar para poner en contacto dos realidades apartadas y disímiles? ¿Cómo hace la casualidad para unir lo que no debe unir? Me encontraba haciendo fila en una de estas oficinas bancarias cuando, un día, sentí una mano posada en mi hombro (en verdad, la sentí como las garras de un animal de cetrería) y una voz que de inmediato reconocí:

—Vecino, qué sorpresa. Lo hemos estado echando de menos.

Antes de volver mi rostro y comprobar que esa mano y esa voz de sorna pertenecían al vecino impertinente e indeseable de la banca en el parque, el mismo que me había recomendado que me hiciera coser el bolsillo por mi mujer, pensé en un instante de horror en el plural supuesto por ese “lo hemos” que acababa de pronunciar. Supe de manera fulgurante, en efecto, que ese plural incluía también a los vagabundos que se beneficiaron de mis favores en los últimos días del parque, y que la cadena lógica de consecuencias debía arrastrar también a los zarrapastrosos que me habían asediado en la calle del barrio popular. Me sentí perdido. Al voltear y verlo, me dijo con aire de condescendencia impostada:

—Lo reconocí por el cuello. Pero le quedan bien el bigote y

la gorra, no se preocupe.

Me limité a hacerle un gesto de falsa cortesía con una venia insinuada, dejada a mitad de camino. Pero a medida que avanzaba la fila, yo sentía en mi cuello las punzadas de su mirada inquisidora y el desarrollo de alguna pregunta que debía estar gestando, de la misma manera que una serpiente gesta un huevo. Pero más que una pregunta, lo que me lanzó fue una dentellada:

—Este mundo está lleno de injusticias. Una mejor distribución de las riquezas no vendría mal.

El tipo pronunció su frase como quien hace un comentario abstracto al aire o como quien expresa en voz alta un pensamiento genérico. Aunque su destinatario obvio era yo, no me di por aludido y ni siquiera lo miré: no iba a ceder a la provocación del muy hijodeputa. Con determinación, resistí la tentación de voltearme y lanzarle un escupitajo en pleno rostro. Felizmente fue desocupada una ventanilla y me alejé del tipo, sabiendo de todas maneras que no para siempre, ¡ay!, ya no podía ser para siempre.

¡Ay!, ¡Ay!, ¡Ay!, ¡Tres veces ay! ¡No para siempre! No sé cómo hizo el hombre —con seguridad sobornó a uno de los empleados bancarios para conseguir los datos de mi lugar de residencia—, pero al día siguiente lo vi a través de los visillos de mi ventana atalayándome en las afueras de mi casa en compañía de unas personas que, por su aspecto, no podían ser sino de la banda de piojosos que medran en el parque. “¡Que se pudran esperándome!”, pensé, y tomé la decisión de no abandonar mi casa ese día por más que lo requiriera. Estaba seguro de que tarde o temprano habrían de fatigarse y partirían. A horas de almuerzo, algunos, en efecto, se retiraron, pero quedaron otros cuya función consistía sin duda en vigilar mis movimientos. “Que se jodan”, pensé de nuevo, “ya verán si aguantan hasta

la noche”. Pero no sólo resistieron hasta la noche sino que permanecieron durante toda ella, con el agravante de que el pequeño núcleo inicial creció de manera significativa. Desde la oscuridad de mi habitación yo los observaba rondar sin afán alguno, apenas visibles las brasas de sus cigarrillos al trazar en la oscuridad la trayectoria de sus desplazamientos morosos. No parecían hablar, ni formaban grupos, pero estaba claro que se habían comunicado una consigna general y que respondían a ella con obediencia disciplinada. Semejantes a los ácidos utilizados en los laboratorios de fotografía, que ponen de relieve mágicamente la imagen sobre el papel, así las primeras luces indecisas del amanecer fueron revelando las caras sin esperanza y los cuerpos macilentos de los hombres que habían aguardado durante toda la noche. Al llegar a la conclusión de que no tenían prisa alguna porque el tiempo carece de valor para aquél que no tiene en qué gastarlo, inferí también, con un horror frío, que si habían podido pasar un día y una noche en espera de que yo saliera, de la misma manera podrían esperar más días, semanas enteras, meses íntegros, años completos. Total, los mantenía vivos la esperanza de una limosna, la promesa de una moneda brillante incrustada entre sus dientes rotos. Me sentí entonces sitiado. ¿Cómo hacer para romper ese cerco? Supe en el mismo momento que si no actuaba de inmediato el problema se agravaría hasta alcanzar niveles inmanejables porque la noticia de mis facultades se propagaría por toda la ciudad y yo ya no tendría escapatoria posible. Entonces salí con mis manos florecidas de billetes y adornadas con resplandecientes monedas, y los fui repartiendo por encima del clamor sordo y voraz de ese laberinto desordenado de seres astrosos que se colgaban de mi ropa y de mis brazos en señal de agradecimiento a mi auxilio providencial. Aproveché que esas aves de rapiña estaban atareadas en devorar el cadáver descompuesto de mi favor para escaparme hacia las zonas de la ciudad en donde con seguridad estos menesterosos no habitarían y yo podría entonces gozar,

protegido esta vez por unas gafas de veraneante y por una peluca de semicalvo, del anonimato que me prodigaría ese barrio, esa fortaleza de lujo.

Una semana pasé en uno de los hoteles más costosos del lugar, apenas saliendo de mi habitación el tiempo necesario para que la arreglaran y, en oportunidades aisladas, para comer algo rápido en el restaurante o para tomarme un Daiquirí bajo la protección de la penumbra del bar. Pasaba las horas viendo sin interés y mecánicamente los programas de la televisión o leyendo la Biblia que todos los hoteles del mundo dejan en el nochero para sus huéspedes, pero no como documento religioso sino como texto literario, y simplemente dejaba pasar el tiempo a la espera quizás de que entraran en el olvido los pobres infelices que me habían asediado, y que yo para ellos me convirtiera en el recuerdo incierto de un espejismo delicuescente. La aparición enigmática de los billetes continuaba, y aunque el fenómeno en sí mismo había dejado de suscitar mi curiosidad, comenzó a preocuparme el hecho de que en la caja fuerte no alcanzaba a caber la gran cantidad de dinero que surgía de mis bolsillos, y que la maleta en la que empecé a echar los excedentes, comprada a las volandas en una tienda del mismo hotel junto a alguna ropa de ocasión, podía ser fisgoneada por las camareras, lo que podría dar lugar a quién sabe qué tipo de suspicacias. Cuando el acopio de los billetes se me hizo insostenible, decidí regresar a mi casa y enfrentar la situación, cualquiera que ella fuera. Acaso, hartos de la espera, la banda de mendicantes habría partido para siempre.

¿Cuál es la boca que no muerde la mano que le da comida? ¿Existe algún cuchillo que no esté concebido para clavar en la espalda? ¿Dónde están los ingenuos diccionarios que contienen y definen la palabra “agradecimiento”? De los restos calcinados de mi casa —de lo que había sido mi casa— todavía avanzaban hacia el cielo delgados hilillos de humo blanquecino, rescoldos, pequeños latidos que todavía evocaban como en eco distante la

vida que allí alguna vez se había desarrollado. De la fragorosa batalla entre el fuego y los objetos todavía quedaban indicios, quizás sólo reconocibles por mí, de su forma y de su disposición, y de los espacios que alguna vez los contuvieron y les dieron sentido. Nadie me reconoció, gracias a mis gafas oscuras y a mi peluca de semicalvo, al preguntar en la tienda cercana por las circunstancias en las que el incendio se había producido, como nadie vaciló tampoco en señalar a las hordas de pordioseros que, cansados de esperar por varios días al dueño de la casa, habían entrado en ella y, tras saquearla, la habían quemado. Todos saben qué significa el término “policía” en este país, por lo que nadie siquiera intentó una llamada buscando una protección que de antemano juzgaba irrealizable. Acaso sí los bomberos, acaso sí la solidaridad momentánea de la gente, los vagos gestos de desaprobación.

Viendo los restos de mi casa reducidos a ceniza, no fue curiosamente el odio el sentimiento que comenzó a invadirme. De una manera inefable sentí casi pesar por los hombres que habían saqueado e incendiado mi casa, y una conmiseración infinita por la totalidad de la especie humana. No quise tampoco ceder a la tentación de explicarme ese comportamiento de los hombres atribuyéndoselo a la desdicha terrible que se abate sobre el país, tan ignominiosa que justificaría esa actitud y otras más radicales. Pensé, en cambio, que una cierta condición bestial termina por imponerse en cada uno de nosotros, más allá de cualquier inclinación piadosa o fraternal, que siempre será entonces fortuita, destruyendo no sólo lo que cada cual detesta y odia sino también lo que más ama; pero de esa naturaleza perversa no se puede culpar a los hombres pues no creo que la

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

DE GUSTIBUS

*Nulla placere diu, nec vivere carmina
possunt,*

Quae scribuntur aquae potoribus

(Ningún verso podrá gustar y durar

Si está escrito por un bebedor de agua)

Horacio

Ninguno de los comensales que se encontraban esa noche en su casa podía imaginar ni siquiera de manera remota la desoladora frustración que Antelmo estaba sintiendo al tirar al tarro de basura el *Boeuf Bourguignon* que se le acababa de malograr y al consentir en su fuero interno, a cambio, en abrir tres o cuatro latas de atún y disponerse a cenar ese irrecuperable pescado, previamente degradado por la mano infame de la industria, en lugar del clásico plato de la comida francesa que Antelmo les había prometido en medio de satisfacciones y de alardes adelantados. Nadie, por supuesto, le hizo ningún reproche por lo que todos llamaron un “contratiempo”, y más bien le gastaron algunas bromas amables y lo alentaron para que

lo intentara en una próxima ocasión: total, el trabajo estable que todos desempeñaban en el banco y el afecto que se prodigaban mutuamente les garantizaba nuevas oportunidades de encuentro. Por lo demás, pensó para sus adentros y su tranquilidad, ninguno de sus colegas era ni siquiera medianamente experto en cocina, por lo que su catástrofe personal no tenía forma de ser ni medida ni comprendida por ellos, como tampoco sería evidente lo irrisorio de la reparación propuesta: ¡un pedazo aguachento y deshecho de atún de lata en lugar del untuoso y aromático *Boeuf Bourguignon* de la excelente cocina borgoñona! Para mantener un poco el decoro en medio de una situación tan bochornosa, no se atrevió sin embargo a revelar a sus amigos que se trataba de atún enlatado; pero para no mentir de manera franca, mantuvo sus alusiones al cambio de plato en un tono de ambigüedad que impedía deducir sin equívocos la naturaleza poco virtuosa del pescado.

Mientras sacudía los desechos en el tarro de basura, Antelmo se preguntaba qué podía haber fallado. Pues la espaldilla, repasaba en su memoria, comprada en *Steacks*, la mejor carnicería de la ciudad, había sido despojada de los marmolados de grasa excedentaria que se agazapaban entre los tejidos y cortada en dados grandes, como lo exige la ortodoxia ; había calentado la mantequilla clarificada y el aceite en un fuego suave y había sofritado en ellos la tocineta y las cebollas cortadas en pluma, las había retirado y había dorado allí mismo los trozos de carne, puesto de nuevo junto a la carne la tocineta y las cebollas, agregado pimienta y una buena botella de Borgoña, un *bouquet garni* confeccionado como mandan los estrictos cánones culinarios, la zanahoria en rodajitas y el diente de ajo pelado, y había dejado que todo se cocinara a fuego lento por dos horas. Luego, sí, sí, siguiendo la receta al pie de la letra, cómo no, había lavado los champiñones, los había cortado y enseguida sofritado en mantequilla y puesto en la olla antes de que terminara la cocción, unos quince minutos, junto al concentrado de tomate. Había

mezclado la totalidad de los ingredientes muy bien y retirado el *bouquet*. En fin, todos los pasos respetados con rigor, como si estuviera bajo su cuidado la preparación de una arriesgada fórmula magistral. Y sin embargo, qué porquería: la salsa se había reducido más allá del punto preciso convirtiéndose en un pegostre negruzco y repugnante, la carne se había secado como una suela de zapato de verano, el gusto del tomillo del *bouquet* había fusilado al resto de los ingredientes, el sabor final se había desequilibrado como el rostro de una bella mujer reflejado en un espejo resquebrajado: todo era un amasijo para puercos, incomible, impresentable. ¡Ay! Un verdadero drama.

Ese fracaso representaba para él algo muy fuerte y profundo: apasionado por la cocina en los últimos tiempos como consecuencia de haber hecho consciencia repentina, tras un episodio casi mortal de colitis aguda, de las basuras que había estado comiendo por años, año tras año, mes por mes, día por día, comida por comida, había iniciado un proceso de aprendizaje de técnicas culinarias con el fin de preparar él mismo sus propios platos de acuerdo a preceptos sanos y de buen gusto. Sanos y de buen gusto: así como jamás volvería a ingerir todas esas inmundicias contaminadas de químicos o robustecidas artificialmente con hormonas de dudosa identidad, también trataría de alimentarse con comidas finas y delicadas. Parecía fácil: allí estaban los meticulosos libros de cocina que explicaban todo, paso por paso; los programas de televisión que mostraban de manera evidentísima los procedimientos; la nueva ola de jóvenes *chefs* que abandonaban gustosos sus fogones para explicar a una clientela seducida los pequeños secretos del plato que comían satisfechos y felices. Así que comprometió por largo tiempo su empeño y su disciplina cartuja con el fin de dominar con un cierto grado de suficiencia las técnicas básicas de la cocina, venciendo resistencias inimaginables, penetrando en arcanos combinatorios indescifrables, aprendiendo las sutiles artes que permiten hallar el delicado punto de equilibrio entre

sabores, entre ingredientes, entre colores. La comida en la que reunía a sus amigos era, de cierta forma, la culminación de un largo proceso de perfeccionamiento y de autoconvicción, algo así como una prueba final, una coronación con la que esperaba ganar un prestigio cuya sola prefiguración era fuente recóndita de una emoción inédita. Soñaba en la intimidad de su pensamiento con que sus amigos lo recordaran no por sus méritos profesionales —un buen analista de créditos, sin duda— sino por sus atributos de cocinero.

“Ya voy, ya voy. Tengo que arreglar el atún” respondió Antelmo a los llamados insistentes de sus colegas, que se habían quedado en la sala ocupados en terminar los aperitivos. Mientras registraba su alacena, pensaba que quizás el fracaso del *Boeuf Borguignon* se debía a las pocas veces en las que había practicado su preparación. Sí, era la falta de experiencia la causa de que la mayoría de sus platos terminaran en la basura. Desde un comienzo tuvo consciencia de esa falta. Para paliar entonces semejante carencia, a lo largo de los meses no sólo estudiaba con esmero los libros y veía los programas de televisión con atención de escolar juicioso sino que practicaba las recetas en la soledad de su vida y en las oportunidades, pocas, en que invitaba a algún amigo desprogramado o a algún familiar a la deriva. Y aunque en las últimas semanas había logrado elaborar platos de buen aspecto, en la mayoría de los casos sus preparaciones avanzaban sin remedio a su destino innoble de desperdicio y él terminaba abriendo alguna lata de cualquier cosa, cuya composición leía con desconfianza y rabia, o yendo a los pequeños locales de comida ligera que abundan en su barrio para pedir una hamburguesa, un sándwich, cualquier cosa hecha a las carreras y fatalmente inmunda. En realidad, se decía Antelmo en las noches insomnes del autoexamen y del castigo, para alguien como él, sin tradición familiar y sin práctica social de la buena mesa, el cumplimiento de semejante proyecto educativo, por más que estuviera apoyado en tantos soportes, era más bien difícil.

Que todo iba a ser arduo lo pudo imaginar desde aquella ocasión, recuerda ahora, mientras busca algunos ingredientes, en que, apenas iniciándose, quiso preparar por primera vez un plato calificado como “muy fácil” por la revista en la que se hallaba la receta: *huevos fritos a la americana*. ¡Qué de más simple! Como todos lo saben, no se trata sino de unos huevos fritos que van sobre unas tranchas tostadas de pan de miga, acompañados de tomates partidos en dos y tocineta *rissolé* en su propia grasa, condimentados con sal y una pizca de pimienta de Cayena y adornados con perejil rizado. ¿El resultado? El fuego demasiado alto quemó y curvó los bordes de las claras; las yemas, que debían quedar blandas, terminaron endurecidas; la tocineta, al permanecer demasiado tiempo en la sartén, resultó rígida en lugar de crocante; la cantidad de pimienta, excesiva, transformó los huevos en fuego vivo insoportablemente picante. Simple y llanamente, era imposible comérselos. ¡Y era una receta en principio *muy fácil*! Con el tiempo, esas recetas así calificadas dieron lugar a platos más o menos aceptables, pero en todo caso nada excepcionales. Así que desde temprano entendió que la cosa requeriría una atención muy especial.

Pero aun así, no desfalleció. Uno y otro día repetía las preparaciones, y de error en error, de acierto en acierto, iba corrigiéndolas hasta alcanzar un nivel pasable. Sólo entonces arriesgaba una invitación, por lo general a personas sin grandes criterios gastronómicos para evitar la severidad del juicio, y derivaba de sus alabanzas aseguradas un placer sin comparación con ningún otro. Aprendió también que la metodología que aconseja ir de lo simple a lo complejo, sin duda válida en

¹ “Die Anatomie des Menschen ist der Schlüssel der des Affen” in MARX, Karl. EINLEITUNG ZUR KRITIK DER POLITISCHEN OKONOMIE. Dietz Verlag, Berlin, 1964. Hay versión en castellano: INTRODUCCION GENERAL A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA 1857. Ediciones La Chispa, Bogotá (sin fecha).

tantos campos de la vida, es equivocada cuando se refiere a la cocina pues, de la misma manera que “la anatomía del hombre es la clave de la del mono”¹ (y no al contrario), son los platos muy elaborados los que permiten luego cocinar los sencillos con facilidad relativa ya que su hechura conlleva la puesta en marcha de técnicas diversas y cruzadas, y forman al cocinero para entresacar del denso entramado de lo complejo la sabiduría para alcanzar el equilibrio de los componentes, la fineza de la textura, la armonía cromática, la belleza de la presentación. La elaboración de una sola receta de Alain Ducasse, por ejemplo, activa tantos procedimientos en función de tantas variables que forzosamente prepara a cualquier cocinero para la elaboración de muchos platos adventicios y corrientes; en cambio, nadie llegará a ser Alain Ducasse si se inicia fritando huevos y espera de esa forma ilusa escalar hasta la cima de un hipotético futuro glorioso.

De pronto Antelmo se dio cuenta de que estaba atrapado en plena ensoñación. Suspendió entonces la apertura de las latas de atún y dirigió la mirada hacia un horizonte imaginario. Suspirando profundo, admitió con amargura que todas esas reflexiones no pasaban de ser una mera especulación puesto que, en la práctica, nada, ni complejo ni sencillo, le quedaba bien. Alain Ducasse era para él una abstracción que se corporizaba en un libro de recetas pero jamás en un plato bien logrado. Lo vivía, en verdad, como una desgracia, y su infortunio era aun mayor cuando su fracaso se repetía y multiplicaba con la aplicación desafortunada de recetas de los otros grandes cocineros que se habían erigido en sus referentes obligados: Bocusse, Escoffier, Loiseau....

—¡Antelmo! ¡Qué está haciendo, hombre! ¡Venga que lo estamos esperando!

—Ya voy. Estoy con el pescado.

El llamado le llegó nítido, y pudo inferir, a partir del tono de la voz y de las risas eufóricas que alcanzaba a escuchar, que, sin él presente, a sus amigos se les estaba yendo la mano en los aperitivos. Pensó que lo mejor era acelerar lo que hacía para regresar al salón e impedir que insensibilizaran el paladar y las papilas gustativas a fuerza de tomar whiskies y rones, eficientes sin duda para liberar el espíritu de las ataduras del servilismo pero desastrosos para apreciar siquiera la gracia de una comida elemental. Entonces vertió un poco de cebolla cortada en juliana y tres minutos después el contenido de cuatro latas de atún en una sartén grande en la que previamente había calentado aceite de oliva aromatizado con ajo y dos hojas de laurel, esperó a que la temperatura de la boquilla se estabilizara y añadió unos granos de pimienta negra y sal marina gruesa. Calculó, con una inspección ocular rápida, que la cocción tardaría unos cinco minutos.

Que a sus amigos se les estaba yendo la mano era en realidad poco decir. Antelmo había previsto unos aperitivos largos puesto que el *Boeuf Bourguignon* es un plato único, desprovisto por lo tanto de entrada (aunque acompañado de unas papas al vapor con perejil). Mientras estuvo terminando el *Boeuf* fallido e inventándose la preparación del atún, actividades en las cuales había invertido un tiempo más bien largo, sus amigos habían acabado sin piedad ni decencia, con maneras de urbanidad propias de piratas recién desembarcados, el whisky el ron, y habían asolado como langostas bíblicas los platos de los abrebocas. Todos estaban eufóricos, bromistas y un poco borrachos, y para Antelmo fue evidente que sus bocas serían ya incapaces de apreciar lo poco de profundo y de místico que restaría aún del atún.

Antelmo estaba como en una dimensión paralela de la realidad. Con un whisky crudo en sus manos, veía a sus amigos contar anécdotas pueriles del trabajo, referirse a la situación del país con cinismo, aventurar con sutileza un lance amoroso prohibido, celebrar la simple felicidad de estar vivos; pero él no

estaba allí. Las crípticas lógicas de su mente le habían conducido a preguntarse por el sentido de su propia vida, conflicto que lo asaltaba en ocasiones por razones diversas y que hoy se había atizado como consecuencia del plato estropeado. Un sentimiento de fracaso, que como un incendio mental se había extendido del *Boeuf Bourguignon* abortado a su vida en general, le confiscaba su espíritu. Era, en verdad, un buen empleado, eficiente, también un buen amigo en las pocas oportunidades en que su neurosis le concedía el favor efímero de una compañía, mantenía con su familia una relación de afecto, quizás hasta un buen ciudadano, pero un balance global de lo que había sido su vida lo dejaba siempre con un rastro de sabor amargo en el pensamiento. No era viejo, pero la posibilidad de rehacer su vida a través de nuevos proyectos era una idea ilusoria. Aunque tampoco se resignaba. Pero no veía alternativas ni luces al otro lado de los tantos túneles por donde circulaba fragmentado.

—¡Antelmo! ¡Se te va a quemar el pescado!

Por un instante fugaz pesó mucho más ese tuteo irrespetuoso —siempre lo trataban de “usted”— que la gravedad de lo que le estaban queriendo decir. “Están borrachos, mejor así”, pensó en una fulguración mientras acudía presuroso a la cocina. El solo hecho de hacer consciencia de cuánto tiempo había transcurrido entre su desplazamiento al salón y el preciso momento en que retiraba con prontitud la sartén de la estufa —muchísimo más que los cinco minutos previstos— le permitió anticipar sin ambages que éste también sería un fracaso. No tuvo, pues, necesidad de probar el atún para saber que debía tener una textura de plástico, pero una simple prueba instintiva agregó la dolorosa decepción de un sabor supersalado debido, lo infirió de inmediato, a haberle añadido sal a unos componentes que ya la contenía en cantidad suficiente. Las papas al vapor con perejil, que había terminado de preparar coincidiendo con la finalización del *Boeuf*

Bourguignon, y que son su guarnición clásica, habían perdido el tono por los efectos hidratantes del rocío de vino blanco, y a las ramitas de perejil se les había marchitado su brillo. En el mismo momento tomó la decisión de no revelar nada y presentar el plato como si nada malo hubiera ocurrido.

—¡A la mesa! ¡A la mesa!

Todos se sentaron ruidosamente. Aplaudían por anticipado la calidad de lo que iban a comer y agradecían con adjetivos exagerados el gesto amistoso de Antelmo. Tras un brindis cálido que celebraba la riqueza moral que provee la amistad, un vino blanco bien frío —en realidad, un Bordeaux de supermercado nada caro— comenzó a circular entre copas y bocas y a escurrirse ligeramente por las comisuras mientras Antelmo servía el atún y las papas con una actitud de autocomplacencia infinita. Por un instante angelical hubo un silencio generalizado pues todos los espíritus se encontraban plenos: estaban ocupados en saborear el delicioso atún cuya receta jamás habían conocido y las papas que eran una verdadera revelación mística. Las caras se mostraban satisfechas y admirativas, y el ruido de los tenedores, los cuchillos, los platos y las copas entrechocándose producían una especie de música accidental propicia. La comida avanzaba según un ritmo casi teatral, una puesta en escena delicada. Todo ese ambiente mitigaba la pena escondida de Antelmo, pero no podía impedir una desazón de fondo. De pronto, de esa liturgia milenaria, de la que Antelmo no se orgullecía por lo que tenía en la ocasión de artificioso, emergió una voz. Era la cajera buena moza con la cual a veces tenía fantasías pero a la que nunca le había insinuado nada porque era demasiado joven para él. De sus labios fluyó una frase cuya impropiedad venía respaldada por el alcohol, los vinos, la ignorancia y la juventud:

—Uhmhhh, excelente. ¿Lo copiaste de algún libro?

Antelmo notó una vez más el tuteo pero tuvo la capacidad de autocontrol suficiente para no reaccionar, contuvo con discreción un eructo que le subió por el esófago con violencia, impulsado por una contracción involuntaria del diafragma,

EL HOMBRE DEL QUINTO PISO

Hace un tiempo más o menos largo, mi hermano gemelo Segismundo y yo, que en esa época apenas habíamos cumplido diez años de edad, vivíamos en un edificio diseñado con tan malas artes que algunas habitaciones de los apartamentos vecinos eran claramente visibles desde el nuestro. Nosotros, sin embargo, estábamos lejos de juzgar que el edificio se encontrara mal concebido; creíamos vivir, al contrario, en el mejor sitio del universo porque desde nuestras ventanas interiores éramos testigos de hechos que incitaban y nutrían nuestra curiosidad infantil, que entonces se encontraba en pleno despertar y desarrollo.

Entre todos ellos, quizás el que más nos llamaba la atención era el que ocurría en el apartamento del quinto piso. Nosotros vivíamos en el sexto, y desde nuestro cuarto podíamos ver casi todas las noches a un hombre viejo que, en camiseta esqueleto y en pantaloneta, escuchaba música clásica o veía antiguos programas de televisión dedicados exclusivamente a la reseña de viajes por territorios extranjeros. Hoy puedo decir “música clásica” y hasta citar nombres de obras y de compositores, pero en aquella época era para mí algo incomprensible, confuso y

hasta antipático, y todas esas visiones negativas ayudaban a enrarecer mi percepción imaginaria sobre la vida del hombre. Los programas de televisión, sí, en cambio, los identificaba sin vacilaciones aunque no viera la pantalla porque su presentador era un hombre muy de moda en el país a causa de su voz grave y cavernosa, llena de huecos de origen nicotínico, pedregosa, única entre todas (si hoy en día me pidieran una imagen visual que correspondiera a aquella voz, sin duda diría que era una loncha oral de queso Emmental por causa de las perforaciones, cualquiera que sea la significación de ese horrendo símil) y también debido a que la naturaleza lo había distinguido con un rostro caballar tan irreplicable como su magnífica voz de truhán de bajos fondos y de fumador empedernido de charutas y tagarinas. Los temas de estos programas traducían a la evidencia su carácter: la Gran Muralla China, las playas de Copacabana en Río de Janeiro, los rascacielos de Manhattan, la Avenida de los Campos Elíseos en París, etc., todos esos lugares y ciudades que estimulan una mitología para consumo de turistas clase económica. El hombre casi nunca salía de su apartamento, y aunque parezca difícil de creer, mientras residimos allí —fueron casi cuatro años— en muy pocas oportunidades pudimos verle la cara, a pesar de que en muchas ocasiones lo atalayábamos en las gradas o en la entrada al ascensor. En cuanto a la visión que teníamos desde el cuarto, todo lo que podíamos ver era su cuerpo de espaldas a la ventana y, a veces, en un perfil fugaz, unos cachumbos de sabio talmudista que se balanceaban indecisos y resortados con el movimiento de su cuerpo. Creíamos sin embargo que, con la excepción de su rostro equino, rasgo extravagante que por casualidad compartía con el presentador televisivo, era muy parecido a nuestro abuelo paterno por su corpulencia, la forma redondeada de sus hombros y su espalda un poco caída, y sobre todo por su pelo rojo ensortijado de barítono italiano del siglo dieciocho.

Todas las cualidades anteriores podrían parecer débiles si se

tratara de recuperar a través de ellas los rasgos más distintivos de una persona y tenerla presente; pero ocurre que “el hombre del quinto piso”, como Segismundo y yo decidimos bautizarlo, tenía una característica que, además de alimentar profusamente nuestros ejercicios imaginativos, habría de garantizarle la inmortalidad delicuescente en nuestro recuerdo: usaba una pata de palo. Al sentarse, tras recostar las muletas contra el canto de un escritorio y ejecutar unos movimientos que a mi hermano y a mí nos parecían tan ágiles que, no obstante la evidencia, muchas veces nos hicieron pensar que su invalidez era fingida, se retiraba prolijamente y sin gestos fallidos unos arneses entre metálicos y de cuero que le sujetaban la pata a lo que quedaba de su pierna y la colocaba, la pata, sobre una silla lateral, como si ella requiriera descanso, dejando a la vista un incomprensible, desfigurado y repugnante muñón que él se rascaba despacio con la misma tenacidad, cadencia y placer que un bebé se chupa un dedo. Entonces, de manera invariable, prendía el equipo de sonido o el VHS y el televisor con la ayuda de telecomandos, e iniciaba la inmersión en sus recurrentes sesiones de ensoñación.

No había niños en el vecindario. La mayoría de las parejas estaban compuestas por personas de edad avanzada cuyos hijos tenían ya una vida independiente, por jóvenes todavía sin prole, o, como en el caso del hombre del quinto piso, por personas solitarias. La actividad infantil del edificio se limitaba entonces a la que mi hermano Segismundo y yo adelantábamos. Debido a este hecho especial, y al no menos singular de ser gemelos, éramos muy conocidos por todos los residentes, y queridos además porque siempre nos mostrábamos solícitos para ayudar a los viejos a cargar una bolsa de mercado, a retener el ascensor mientras todos los otros subían a él, a hacer una compra urgida en la farmacia de la esquina. En fin, esas cosas. Sin embargo, sentíamos que la simpatía que sentían hacia nosotros no era suficiente para autorizarnos a consultarles de manera abierta sobre la vida de nuestro vecino de la pata de palo, o quizás, por

nuestra corta edad, no teníamos la perspicacia requerida para que nuestras preguntas parecieran desinteresadas. De nuestros padres, ni hablar: eran la discreción total. Jamás ni siquiera se nos habría cruzado por la cabeza formularles preguntas sobre aspectos privados de cualquier persona ajena a nuestro círculo familiar más inmediato. Ellos pertenecían a esa generación de colombianos tradicionalistas que resumían todas las virtudes atribuibles a un ser humano en la palabra “prudencia” o en cualquiera de sus variaciones. “¡Es tan prudente!”, decía mi padre, tornando los ojos como si estuviera disfrutando de un instante de goce místico, cuando quería hacer el mayor elogio a una persona, y mi madre lo secundaba con una beatísima sonrisa de aprobación. A ambos, tan conservadores y tan reaccionarios, se les salía la baba de admiración cuando escuchaban al que en aquellos años era el presidente de Colombia (un señor de apellido Vélez, o Uribe, no recuerdo bien), entregar a sus subalternos perrunos como viático procedimental para enfrentar cualquier problema unas frases relamidas y trufadas de diminutivos apocados de cristal de botella en las que brillaba la expresión “muchacha prudencia”. Bueno, hoy, el presidente ése, tan prudente, está muerto (y hasta repudiado por aquellos que adoraban su prudencia), y yo, que nunca lo fui, me encuentro vivo y coleando. En fin, no me quiero desviar: no serían mis padres quienes nos darían la información que solicitábamos acerca del hombre del quinto piso.

Pero todo ese desconocimiento y la frustración acumulada de nuestros intentos fallidos por saber quién era acicateaban nuestra curiosidad: ¿Por qué vivía solo? ¿Era viudo o solterón? ¿O separado? ¿Por qué miraba repetidamente esos programas de viaje? ¿Por qué escuchaba esa música incomprensible? ¿Cómo había perdido la pierna? ¿Sus padres eran también pelirrojos? ¿Tenía familiares, allegados, conocidos, amigos? ¿Moriría pronto, dada su evidentísima vejez? ¿En cuáles fantasías entraba al oír la música o al mirar los cassettes de VHS? En realidad, si lo

mirábamos bien, nosotros no queríamos obtener informaciones conformes con la realidad sino, más bien, darnos respuestas acordes con nuestra imaginación; su función se limitaba entonces a servirnos de punto de partida para fabricar enteramente su personalidad de acuerdo a nuestros deseos. Lo observábamos entonces en la penumbra quieta y melancólica de su cuarto rascándose apacible el muñón y recorriendo las largas y luminosas perspectivas de la Avenida Pushkin, perdido y contemplativo en los confines desolados e inescrutables de Ushuaia, navegando feliz al ritmo de música de acordeones por el río Volga, observando deslumbrado las vitrinas de los almacenes del Faubourg Saint-Honoré, tomándose un whisky enfriado con los cristales puros del deshielo del casco polar Antártico, mancillando con sus manos occidentales el mármol sagrado del Tahl Mahal, sobrevolando en avioneta las gargantas profundas del Cañón del Colorado, humedecido su rostro por el rocío pertinaz de las cataratas del Niágara, comiendo en Tailandia carne de culebra condimentada con salsas de pescados podridos, en fin, viviendo imaginariamente todo aquello que en su vejez humillante era ya incapaz de realizar. ¿A qué atribuir su soledad, su indecible decadencia física y moral entre paredes solitarias, la pérdida de su pierna? Lo imaginamos entonces devorado por una pena inconsolable, lo imaginamos víctima del asalto sanguinario de piratas malayos, lo imaginamos jubilado y desorientado, lo imaginamos abandonado por hijos infames, lo imaginamos frustrado al no poder conocer las más grandes y fabulosas ciudades de la tierra, lo imaginamos traicionado por una esposa infiel, lo imaginamos loco e intratable, lo imaginamos sin esperanza alguna en la vida, lo imaginamos capaz de las vilezas más horrendas contra el género humano, lo imaginamos rumiar el proyecto de una venganza atroz, lo imaginamos aniquilado por una bancarrota económica, lo imaginamos desheredado de una gran fortuna, lo imaginamos escapado de un asilo de alienados, lo imaginamos derrotado en un complot palaciego,

lo imaginamos destrozado moralmente ante la certeza de su muerte inminente.

Lo observábamos quieto y silencioso en la semipenumbra de su cuarto pero jamás pensamos que estuviera durmiendo pues, de tanto en tanto, se removía un poco en su silla giratoria, reacomodaba su cuerpo en ella y se pasaba entre sus bucles rabínicos, de la frente a la nuca, el rastrillo de los cinco dedos de su mano derecha para corregir inútilmente la posición indomable de sus rizos rojizos de compositor italiano, los que de inmediato recuperaban su posición original como si obedecieran al dictado de un alma propia.

Un buen día, sin embargo, fuimos informados por nuestros padres que nos mudaríamos a otro lugar. La decisión, como todo lo de ellos, fue tomada sin contar con nosotros, y en menos de lo que canta un gallo nos encontramos en otro apartamento de cuyo diseño extrañamos desde el comienzo la falta de visibilidad sobre las habitaciones vecinas. En verdad, la cosa no fue tan frustrante porque ya no éramos tan niños —habíamos alcanzado los catorce años de edad— y nuestros intereses y expectativas habían ido cambiando conforme nuestra mente maduraba. El hombre del quinto piso comenzó entonces a entrar en el *hall* del olvido, relegado por nuestra mente a la condición de recuerdo ocasional, de juguete de segunda. De hecho, la última vez que Segismundo y yo hablamos de él fue hace cinco años cuando, en los funerales del abuelo, evocamos su parecido mutuo. Segismundo había venido de Australia, a donde había viajado ocho años antes atraído por la posibilidad de trabajo como chef de cocina —fue la profesión que elegimos— y empujado por la debacle monumental que había sufrido el país tras dos gobiernos sucesivos del presidente cuyo nombre mencioné hace un rato (y que no pronunciaré más para no concitar los espíritus dañinos), y juntos habíamos estado rememorando al lado del ataúd, entre risotadas irrespetuosas y la desaprobación visible e inútil de nuestros padres, los acontecimientos que habían marcado nuestra infancia.

Desde entonces nunca hemos hablado de él no sólo porque de unos años para acá Segismundo cortó todo contacto conmigo sino porque, inclusive si no se hubiera roto la comunicación, no me creería lo que he vuelto a saber del hombre del quinto piso desde hace como un año, cuando, como *Maitre de Salle* de mi propio restaurante, lo veo entrar con puntualidad de eclipse de luna cada viernes en la noche.

Debo confesar que mi certeza flaquea y me confunden las dudas al pensar que este hombre sorprendentemente joven pueda ser el mismo individuo ruinoso que se perdía en los laberintos de una soledad amargada, triste, deprimido y viejo; pero me devuelve la seguridad el hecho de saber que es estadísticamente muy improbable encontrar reunidos en dos personas distintas una pata de palo, unos cachumbos color zanahoria, una hermosa cara de caballo y un corpachón ligeramente vencido en torno a unos hombros redondeados. Claro, no diré que aparenta veinticinco años, pero refleja un vigor en su cuello y en sus hombros, y una fortaleza en sus movimientos propia de esos atletas ya entrados en años que han conservado actitudes corporales de su juventud no obstante su edad verdadera. ¿Tendré entonces que acudir a ese detestable lugar común consistente en decir que es al amor a quien el hombre del quinto piso debe su inaudita transformación? Pues cada viernes, sin falta, este hombre entra en mi restaurante acompañado de una hermosísima joven en cada ocasión distinta e inicia un despliegue de ritos eróticos de pavo real urbano en los que su espléndida sonrisa equina, para mí antes desconocida, junto a ese gesto que he terminado por creer que es estudiado, consistente en pasarse los cinco dedos de su mano derecha por ese pelero abundante y ensortijado y provocar así un temblor en sus rizos de tenor napolitano que resplandecen en la luz íntima del restaurante, ocupan, digo, sonrisa y gesto, un lugar de privilegio. La primera vez que entró casi nos chocamos por causa de una torpeza mía, y al mirarnos retrocedimos nuestros respectivos troncos unos centímetros

como cuando alguien cree reconocer un rostro perdido en la bruma de la memoria. No sé si me recordó —tal vez no, yo soy ahora un hombre maduro, distante, muy distante fisonómicamente del niño que antes recorría a las carreras el edificio que compartíamos y en cuyas gradas nos cruzamos en algunas oportunidades, aunque tal vez un rasgo lejano e ínfimo de mi rostro algo le sugirió—. En todo caso, yo tuve la piedad de no darle a entender nada pues comprendí de inmediato, como si mi cerebro hubiera sido cruzado por el latigazo dentado de un relámpago, que toda remisión explícita a ese pasado podría destruirle su noche y quizás la imagen —¡vaya a saber de cuál autocreación se trataba!— que había logrado transmitirle a su acompañante.

He mantenido esta actitud de forma inquebrantable a lo largo de este año, pero no dejo de espiarle con cierto morbo en la esperanza de encontrar bajo el pesado maquillaje de sus gestos y sus actitudes algún vínculo que les devuelva a estos dos hombres su insoslayable unicidad. Sí, dos hombres, el viejo ensimismado en las ensoñaciones de tantos años atrás y el joven seductor y atlético de hoy, dos personas distintas que de alguna manera son la misma y verdadera. Maneja sus muletas con presteza y, por supuesto, no se retira su pata de palo mientras está allí, como lo hacía en el apartamento. Usa ropa finísima, y en una ciudad cuya temperatura aún en los días más frescos no baja de veinticinco grados centígrados, merece ser destacado que viste de impecable saco y corbata, complementados con elegantes pañuelos de seda que adornan la parte exterior del corazón y se expanden y contraen como una flor viva al ritmo casi imperceptible de éste. Sus crespos rojizos se balancean en su hermosa cabeza de caballo alazán y refulgen con tonos variables según el grado de incidencia de la luz. En su boca brillan quizás en exceso unos dientes diáfanos, que él exhibe tal vez con desmedida frecuencia y demasiada ostentación. Se sabe observado y actúa para su público, en particular el femenino,

sin incluir en esta categoría sólo a la dama de su compañía. Al llegar, elige siempre, Casanova tropical, una mesa que le permita mantener el rabllo de un ojo puesto sobre las mujeres de otras mesas, a quienes de pronto mira como por azar; pero él sabe que esa mirada aparentemente casual ya ha clavado su Pica de Flandes en lo más alto del corazón de la doncella o, en el peor de los casos, es la primera piedra de una futura relación. Fanfarronea frente a las jóvenes que le acompañan: me llama a su mesa tan pronto se han instalado para hacerme preguntas de *gourmet* acerca de la composición de los platos, preguntas que no buscan información sino presumir frente a la muchacha de un conocimiento que (lo sé muy bien, lo sé muy bien) es apenas aproximativo, pero suficiente en todo caso para deslumbrar a la amiga de ocasión. Yo le sigo el juego sólo con el objeto de permitirme tenerlo cerca y asiduo, y descifrar así las razones secretas de su insólita mutación. Tras definir el menú, inicia la segunda etapa del pavoneo con la coartada de la elección del vino; actúo como *sommelier* y en la discusión me dejo vencer deliberada pero discretamente a propósito de las virtudes secretas de alguna cepa, de las características de una cosecha, de las señas particulares de una añada sólo con la finalidad de permitirle acrecentar su gloria eterna. Por ráfagas indiscretas le escucho disertar sobre la imponente belleza arquitectónica de los edificios que bordean la Vía Veneto, o sobre las impresionantes manadas de Ñus que pastan sobre las interminables sabanas del Tserengueti, o sobre el espectáculo sobrecogedor del desprendimiento de los gigantescos bloques de hielo bajo la fuerza ciclópea del desplazamiento del glaciar Perito Moreno. A veces, también, me llama y, condescendiente, pura bonhomía, me sugiere que corrija la proporción de los componentes del *beurre manié* que debí haber usado para ligar la salsa (“tiene demasiada harina”, sentencia) o que utilice “*macreuse*” para el *Boeuf Bourguignon* (utiliza los términos en francés) porque, en principio, “la carne debe ser dura”, etc., observaciones que

yo acojo respetuoso y agradecido sabiendo que, en el fondo, él también es consciente de que le estoy sirviendo de *partner* sólo para su lucimiento personal, así como en el circo la mujer del lanzacuchillos de ojos vendados expone su integridad física sólo con el fin de poner de relieve la pericia de su esposo. Le he escuchado preguntarse con intención puramente retórica: “¿*Beurre manié?*”, y de inmediato responder/responderse que es una mezcla en proporciones iguales de harina de trigo y de mantequilla en pomada que se integra poco a poco al *fumet* o a la base de una salsa con el fin de espesar; “¿*fumet?*”: oh, simple, muy simple, tomas la cabeza y las espinas de un pescado de carne blanca, las pones en una olla en cierta cantidad de agua, agregas una rama de apio, etc., y sigue así, saltando sin cesar de tema en tema como si ejecutara piruetas de sabiduría de vida.

No puedo impedirme tratar de imaginarlo más tarde en la intimidad de alguna habitación quizás buscando ocultar con vergüenza la evidencia de su horrenda invalidez en una penumbra creada por artificio y forcejeando en ese acuario oscuro con las correas y las hebillas de sus arneses de cuero y metal, una escena en todo caso grotesca en cuya composición también debe intervenir la actitud y la reacción de la muchacha al tocar por primera vez, quizás como por azar y quién sabe si con placer perverso, ese muñón en el intercambio confuso y ansioso de caricias y de sábanas. Con seguridad que todo esto debe transcurrir mientras programa desde el calor de esa cama la conquista carnal del viernes próximo, acopia elementos para confeccionar historias sobre la arborización del Paseo del Prado, las inigualables piezas del museo de l’Hermitage en San Petersburgo, las gélidas estepas siberianas, el lujo nostálgico del Transiberiano y prepara los comentarios críticos y las preguntas insidiosas sobre la *Poitrine de pigeonneau*, uno de mis platos más elaborados.

Me sorprende cómo las muchachas son seducidas por este

FANÁTICO DE CIRCO

Aunque a todas luces era un criollo raizal, el mago se hacía llamar Chang Ch'i Shen, llevaba una falsa cola de caballo de bucanero que le colgaba trenzada y retinta hasta la mitad de la espalda, y rasgaba sus ojos, para enfatizar su pretendido aspecto oriental, con cinta pegante de su mismo color de tez fuertemente adherida a su piel. Lo sé, soy un fanático de circo, siempre compro boletas de entrada para la primera fila de platea desde donde puedo ver a centímetros todos los números. Pero no era eso lo que más me llamaba la atención del mago, ni tampoco su levita raída ni el sombrero despellejado, sino una banderita tricolor que llevaba pegada en cada punta de las solapas y un pañuelo de colores idénticos que le colgaba de uno de los bolsillos traseros del pantalón.

Pero nada de esto había visto al comienzo de su presentación. Fascinado como siempre por los gestos eternos del mago, por la música técnicamente acatarrada en la que reconocí vagos trozos de alguna película de fama, y por la extraña voz como de pato con la que el artista anunciaba sus trucos, fue sólo como hacia la mitad del espectáculo que le noté los inequívocos colores de las banderitas, sobre todo el amarillo destacándose contra

el negro lustroso de la sacoleva. Mi primera reacción fue de simpatía pues supuse que este ilusionista, como muchos otros que había visto en mi larga vida de pasión por el circo, encubría tras sus gestos clásicos algún payaso con cuya aparición y para nuestro regocijo nos habría de sorprender más adelante. Creí estar seguro de mi suposición cuando vi, después, que de uno de los bolsillos traseros del pantalón le surgió, involuntariamente y tras un movimiento brusco, el pañuelo con sus tres colores que brillaban como extrajeros en las sombras cóncavas de la cola de su sacoleva. No estaban dispuestos en el mismo orden del estandarte nacional —el rojo y el azul estaban invertidos— pero ese trastocamiento de posiciones me reafirmó el presentimiento de estar en verdad frente a un bufón que, para lograr un efecto hilarante, se ocultaba tras la impostura de un falso prestidigitador. Hasta el último minuto esperé que se produjera la revelación de su identidad real, siempre atento al momento en que con presteza tirara su sombrero de copa dentro de la boca de entrada a la pista y se despojara con habilidad de su indumentaria de ceremonia, y en su lugar, como en una especie de palimpsesto vestimentario, nos deslumbraran los colores chillones, la nariz de plástico y los zapatos aplanados y gigantescos de payaso, y una mano girando por encima de su peluca roja ensortijada agitara el pañuelo que no sería otra cosa que la bandera del país flameando contra la oscuridad cenital de la carpa. Pero cuando silenció con dos palmadas secas y autoritarias la fanfarria y anunció con su voz aflautada “Señoras y señores, niñas y niños, muuuuyyyyy queridísimo público”, expresión tipo con la que siempre precedía el despliegue de sus pases, que daba inicio al último de sus actos y que pedía el máximo de silencio porque ésta sería la primera vez que habría de intentarlo y nuestras vidas corrían peligro, la suya y las nuestras, comprendí que ese mago era serio y ya no reí más porque no hay en la vida nada más serio que un mago serio, y sus palabras me resonaron en el espíritu como sordas y solemnes campanadas de advertencia

que me hicieron recordar las veces en que había sido testigo de mutaciones irreversibles y de errores irreparables, prodigios circenses de cuya veracidad, por lo demás, soy capaz de dar fe ante cualquier tribunal humano.

Esas banderas en las solapas y ese pañuelo me eran entonces de mal augurio. “Ahora seré yo quien aparezca allá”, anunció en una clara referencia al truco que minutos antes había realizado al hacer desaparecer del escenario a su ayudante —él la llamaba “partenaire”: una morenita esmirriada (“Miss Contreras”), de aspecto apesadumbrado a pesar de la risa congelada sobre su boca— y hacerla resurgir unos segundos después, deslumbrante por virtudes del chorro de luz de un proyector potentísimo que se fragmentaba en mil brillos al tocar la infinita y falsa pedrería de su vestido, aplaudiendo su propia aparición en una gradería junto a unos niños que no podían con el peso alado de esa felicidad imprevista. Como si intuyera un mal presagio, me agarré con fuerza a los brazos de mi silla cuando, con fondo de un redoble magistral de timbales que acentuaba el tono expectante y solemne, vi que se disipaba la densa nube de humo sintético que segundos antes lo había envuelto como una gasa voluble y del mago sólo quedó, bamboleante, colgado del brazo flaco de Miss Contreras, el pobre sombrero hongo descarachado y en el aire un tenue relente de azufre, mezclado con el humo seguramente para darle más fuerza de convicción al efecto. Todos estábamos a la espera de que el reflector se proyectara sobre algún punto de la gradería y descubriéramos maravillados su reaparición. Pero no fue así : unos segundos antes de que se encendieran las luces de toda la pista, se escuchó, resonando intangible en el ámbito hueco de la carpa, la voz de pato del mago, duplicada en un eco lejano y volátil, anunciando lo inenarrable : “Nunca más me busquéis (así dijo : “busquéis”). Mi cuerpo y mi alma han partido para siempre. Os dejo mi voz”. Todavía incrédulos, estupefactos, vimos cómo se iba dibujando el tricolor nacional en el cuello de nuestras camisas, y de nuestros bolsillos brotaban

como flores vivas, como origamis de tela, pañuelos iguales al suyo. Tenía razón: la cosa era de mal augurio, pensé mientras aceptaba como una triste fatalidad humana que la función, una vez más, había terminado.

Pero no me resigné a su desaparición, que asimilé a una de las tantas humoradas propias de la gente de circo, sobre todo cuando, en la mañana después, habían desaparecido, al menos de mi camisa, las banderitas nacionales, y del pañuelo no había quedado ni rastro. Al día siguiente regresé y desde mi silla de platea me dispuse a verle resurgir como si nada hubiera acontecido el día anterior. La orquesta iba puntuando los diferentes espectáculos con sus instrumentos desiguales, su percusión excesivamente enfática y su música raída, llena de huecos. Aprovechando con un gigantesco vaso lleno de crispeta salada y una gaseosa no menos grande, yo veía desfilar uno a uno a los artistas que ya había visto la víspera, y mi encantamiento no menguaba por el hecho de no ser la primera vez que los veía. Sin embargo, secretamente espiaba la fisonomía de los artistas que se iban presentando pues es sabido —¡Vaya si lo sé!— que los espectáculos circenses, que aparentan desarrollarse con el concurso de decenas de personas, en realidad lo hacen con unas quince. La razón, todo el mundo la conoce, es simple: una misma desempeña varios roles. Debía, pues, estar vigilante, no fuera que Chang Ch'i Shen, por una de esas transmutaciones de las que he hablado, también llenara el papel de instructor de los perritos pekineses futbolistas... o de los perritos mismos, vaya usted a saber, con estos magos... La voz, por ejemplo, del Maître de Pista me pareció que, siendo contrapuesta —grave, articulada, dominante— a la del mago —aflautada, escuálida, rectilínea—, podía, no obstante, corresponder a un mismo individuo en virtud de un sabio manejo de las cuerdas vocales, pero la delgadez física del Maître era lo menos semejante a la corpulencia ciclópea de Chang Ch'i Shen. El payaso, que no hablaba en ninguno de sus números pero que emitía una carcaja-

dita flaquita al final de cada uno de ellos, no podía tampoco ser el mago pues éste era zurdo mientras que aquél, evidentemente, era derecho. El equilibrista, que caminando hacia adelante y hacia atrás sobre una cuerda podía hacer malabares hasta con ocho pelotas multicolores (¡los hizo con cuatro con los ojos vendados!), se diferenciaba del mago por sus párpados caídos y el efecto de tristeza infinita que emanaba de su mirar.

Yo sabía, por lo demás, que el número del mago iba después del espectáculo de los caballos esteparios y antes de los trapevistas mexicanos, todas presentaciones de la segunda parte, por lo que disfrutaba sin afanes, aún en la primera, el espectáculo del domador, un hombre de cintura delgada, amplísima caja torácica recubierta de un denso vello oscuro encrespado y muslos del grueso de una Palma Botella adulta, todo su cuerpo abrazado por un vestido de lycra que oponía su resistencia industrial a la presión que ejercían sus músculos fibrosos, con sus majestuosos tigres de Bengala que atravesaban aros de fuego obedeciendo a la energía secreta de sus órdenes y a los rutilantes chasquidos de su látigo mientras en círculo dentro de la inmensa jaula unos leones africanos, tenidos a raya con la sola mirada autoritaria del domador, rugían amenazantes sentados en butacones blancos adornados de estrellas azules, como la bandera norteamericana. En cierto momento, inclusive, un artista de fuerza portentosa, capaz, como ya lo había demostrado, de pulverizar diez ladrillos apilados con el rayo escalofriante de un solo golpe del canto de su mano, pidió mi colaboración, y yo salté al redondel, feliz, para tratar de doblar una barra de acero que, por supuesto, no cedió un ápice, mientras que bajo sus poderosas manos se flexionó como si fuera un vulgar elemento de utilería de teatro provinciano.

Si mi memoria de lo acontecido el día anterior era confiable, Chang Ch'i Shen no podía ser tampoco ninguno de los jinetes que montaban a los caballos esteparios pues tan pronto saltaban con elegancia cosaca de sus monturas y se retiraban de la pista

precedidos de una venia de balletista, un cono de luz iluminaba la figura oriental del mago en el otro extremo de la pista. Tampoco podía ser alguno de los trapecistas mexicanos puesto que apenas el mago desaparecía envuelto en sus gasas de gases, todos los proyectores enfocaban a los cuatro mexicanos que colgaban de las alturas de la carpa saludando al público con ese gesto olímpico tan singular que ha terminado por caracterizar más allá de las fronteras al trapecismo veracruzano.

Aproveché los veinte minutos del intermedio para tomarme fotos con las Hermanitas de Oro, unas trillizas bellísimas, rubias, intensamente blancas como los paisajes árticos de su natal Helsinki, que minutos antes habían contorsionado sus cuerpos de tal manera que todos pensamos que carecían de huesos, anélidos humanos, y los habían entreverado hasta hacernos imposible distinguir cuál pierna correspondía a cuál cabeza, cuál sonrisa a cuál mano: un verdadero nudo gordiano.

Claro, también aproveché para disimularme con discreción entre los curiosos, trivializado detrás de mi algodón de azúcar y mi manzana caramelizada, y echar miradas a través de los eventuales corrimientos de la cortina que separaba la pista de las bambalinas buscando al mago. Debo reconocer que, por momentos, me asaltaba la idea de que, en efecto, el mago se hubiera ido para siempre en cuerpo y alma, y aunque este sentimiento era secundario respecto a la idea de que se trataba de un truco clásico y repetido cada noche, por instantes me sentía alarmado por esa atroz posibilidad. En ocasiones anteriores, como ya lo he dicho, fui testigo de hechos terribles ocurridos bajo mis ojos de espectador de platea (la niña que se quedó convertida en foca, el trapecista congelado en el aire por las artes de un mago mongol que así se vengaba de una traición de amor, el payaso que olvidó sus chistes en plena pista), así que no descartaba para nada que Chan Ch'i Sheng jamás retornara a nuestra vida terrenal. Nada vi a través de mi fisgoneo, aparte de una vergonzosa escena en la que el domador, tras un bostezo profundo, aplicaba impudicamente y entre risotadas una de

sus manazas contra las nalgas enjutas de una de las menudas asistentes del número de los platillos giratorios y, detalle éste sí importante, una estela de color amarillo intenso que cruzó como una exhalación detrás de un grupo de ayudantes de pista que se afanaban en desenrollar una cuerda. Esperé, pues, a que se reanudara la función, y confiado en que nada fatal le hubiera ocurrido al mago, me senté antes de hora en mi silla de platea a terminar mi manzana acaramelada, uno de mis grandes placeres circenses.

Así que arrancó la segunda parte bajo el fuego de artificio musical de la orquesta, pero mi corazón se detuvo en el número de los caballos esteparios (¡Preámbulo de preámbulos!), conducidos con maestría milenaria por chalanos cosacos que se trepaban a la grupa de las bestias con saltos atléticos, ejecutaban cabriolas complicadísimas y acompañaban sus ejecutorias con gritos y palabras incomprensibles pronunciadas en una lengua ajena a la del público. Y un instante antes de que iniciaran su venia real de despedida, con una inclinación que casi tocaba el suelo, mis ojos se dirigieron no hacia ellos sino hacia el otro lado de la pista, donde yo sabía que —¡Dios así lo quisiera!— iría a aparecer el mago.

En efecto, allí estaba Chang Ch'i Sheng, con una rayita horizontal tensándole los párpados, su sombrero bombín, su sacoleva andrajosa adornada con los colores de la banderita nacional y su trenza de filibustero brillando de lo negra ante el toque revelador del reflector que lo enfocaba a él, sólo a él. ¡Ah! Mi corazón, tocado por las poderosas fuerzas de la emoción, echó a andar de nuevo: la desaparición de la noche anterior no había sido, como lo había deseado con todo mi corazón, más que un truco de su sapiencia infinita, y no una tragedia irreparable, como tanto lo temí. Con una sonrisa que se salía de mi boca, seguí uno a uno sus pases (la baraja que se evaporaba en el aire mientras viajaba de una mano a otra, la mujer —Miss Contreras— partida en dos longitudinalmente, los conejos multiplicados incontablemente

en su sombrero deshecho, la esfumación de Miss Contreras y su reaparición en la gradería bajo el fuego enceguedor de los proyectores) hasta que llegamos al acto previo al momento supremo de su desaparición, cuando Chang Ch'i Shen levanta sus brazos en cruz (calculé que de punta a punta de sus dedos había unos buenos dos metros), da un giro a la palma de sus manos, que hasta entonces habían estado de cara al público, y en un abrir y cerrar de ojos aparecieron como adheridas a ellas sendas pelotas amarillas que, tras otro giro imperceptible para nuestra mirada humana, se convirtieron en jaulas doradas en las que, sin saber cómo ni cuándo, aparecieron hermosísimas guacamayas multicolores gritando “¡Chang! ¡Chang!” que Chang Ch'i Sheng tomó con delicadeza en sus manos de gigante oriental y lanzó al aire, hacia la parte superior de la carpa, por donde se escaparon las aves sin dejar de lanzar sus gritos ensordecedores, con un aleteo frenético que creó dentro turbulencias de aire refrescantes. Chang Ch'i Sheng agradeció con humildad el mar de aplausos en que quedó sumergido (los míos los primeros, vehementes, arrebatados), pero sin retardarse en la complacencia, ordenó a la orquesta con dos golpes secos de sus manos que parara la fanfarria para pedirle a la gente con su voz de pato, señoras y señores, niñas y niños, muuuuuuy queridísimo público, les pido mucho silencio para la ejecución del próximo número porque nuestras vidas, las suyas y la mía, corren peligro, y magnificó los riesgos de un número en el que habría de desaparecer del escenario y reaparecer en las graderías, tal como lo había hecho unos minutos antes con Miss Contreras. Entonces, calcados del día anterior, se repitieron los gestos y las frases, el humo sintético sobre el escenario, el sombrero colgando de un brazo de Miss Contreras, nuestra espera ansiosa y, finalmente, la voz de Chang Ch'i Shen: “Nuca más me busquéis. Mi cuerpo y mi alma han partido para siempre. Sólo os dejo mi voz.”

¡Qué temporada aquélla! Cada noche, puntual, yo estaba en mi primera fila de platea aplaudiendo a rabiar y agradecido las

presentaciones que se sucedían en el mismo orden de la primera vez. Por supuesto, a partir de la segunda noche había desaparecido la ansiedad que me había estrangulado ante la posibilidad de que el mago se hubiera quedado enredado en los vericuetos de su propia magia, pero nada de eso me impedía gozar hasta el delirio su presentación ni, ante todo, sentir la gran satisfacción que me producía verlo surgir de la nada de la noche en el lado de la pista opuesto a la boca por donde desaparecían con sus volantines y sus genuflexiones de bailarines de ballet los jinetes cosacos. A partir de la tercera noche (detalle que me pareció curioso: ni en esa ni en las siguientes noches figuraban estampados en sus solapas los tres colores de la bandera) , yo repetía al unísono con el mago pero en voz baja su frase tipo “Señoras y señores, niñas y niños, muuuuuy queridísimo público” y las palabras de despedida final “Nunca más me busquéis. Mi cuerpo y mi alma han partido para siempre. Os dejo mi voz”; las repetía como quien repite una oración: con respeto, veneración, humildad. Mis vecinos de ocasión me miraban con una cierta sorpresa cuya tendencia hacia juicios menos benévolos yo neutralizaba con una gran sonrisa de complicidad, a veces con el ofrecimiento de maicitos de crispeta que me habían quedado de mi infaltable vaso cotidiano. De todas formas, sabía que me comprenderían en caso de que conocieran con precisión el sentido de mis plegarias circenses, por lo que poco a poco comencé a subir el tono de mi voz, justo hasta la última noche en que, incapaz de contenerme, repetí con Chang Ch’i Shen, enconchando la palma de mis manos para que me sirvieran de megáfono y dirigiendo mi vozarrón hacia los cuatro costados de la carpa, de pie, la frase última con la que se despedía del mundo, que él, el mago, Chang Ch’i Shen, debió haber escuchado, cómplice y sonriente, desde ese otro lado de la realidad donde se refugiaba cada noche. Sólo entonces comencé a notar cómo se nos iban formando en las solapas de nuestras camisas y blusas los tres colores de la bandera de nuestro país, y cómo la presión del

pañuelo tricolor terminaba brotando en los bolsillos del corazón de todos los asistentes.

Ya no volvieron los circos a mi país. A veces me ocurre ir y echar una mirada un poco nostálgica al lugar en donde se levantaban sus capiteles mientras me tomo una cerveza en una tiendita del frente. El lote es ahora un terreno descampado en donde se empoza el agua de las lluvias y se multiplican por millones los zancudos Anopheles. He visto allí pastar vacas con una actitud de sabiduría oriental semiocultas por la maleza, y en los períodos de fuertes vientos niños elevar sus cometas con mensajes cifrados a los cielos. Con la esperanza difusa de ver un buen día cómo el circo levanta de nuevo sus carpas, termino siempre mis cervezas sin conversar con nadie. A veces fantaseo con la idea de que Chang Ch'i Shen se haya perdido en los laberintos de sus realidades paralelas y encuentre el camino que lo devuelva a este mundo, al lado mío, y podamos tomarnos una cerveza juntos mientras me explica algunos secretos —no todos, no faltaba más— de sus trucos magistrales.



Universidad
del Valle

Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co

i S i g u e n o s !



programaeditorialunivalle